CUADERNOS
DE LA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL

36

QUINTO CURSO

(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

LA HUELLA DE LOS SIGLOS

Talleres de
EDITORIAL LEX
LA HABANA

Diciembre, 1951

20 cts.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

....

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m. por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

AÑO III — Enero 14 de 1952 — No. 36

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

César García Pons

Martí y la Guerra Hispano-Americana

La huella de José Martí en el campo de las realizaciones históricos es la guerra de independencia de Cuba, que liquida en América el imperio español. Por su obra, el pabellón que hasta entonces era el símbolo de una dominación política, paseante durante tres siglos de un extremo a otro del Nuevo Continente, se plegaba, para regresar, con la última derrota, al solar de donde a fines del siglo XV partiera a conquistarlo en nombre de los reyes de Castilla y Aragón. Cupo a José Martí la tarea de dar la batida definitiva al poder que detentaba su tierra, y de procurar, así, la totalidad de la América española a los hombres que en ella habían nacido para suceder, en el ser propio y en la libertad, a los que antes de la llegada del europeo fueron los dueños de su destino. Independientemente de su singular significación en la historia de Cuba y de su principalidad en el pensamiento americano, la resta a España y la suma a América de la última colonia sojuzgada, es por las implicaciones que tiene su presencia en los fastos universales de la Historia. Y esto explica que se le haya incluído en este curso, que pretende registrar, de modo esquemático, el paso de los siglos. La liberación de Cuba cerraba para América un largo período de resonancia universal y abría, a su vez, otro nuevo y distinto, en el que sus pueblos serían protagonistas, excepto Puerto Rico todos con título propio, de un devenir que pondría a prueba, ciertamente, su derecho a gozar de la independencia. Porque tanto para darle al pueblo

cubano la vida libre como para utilizar su libertad en servicio del resto de América, es que en las postrimerías del siglo XIX, se madura la guerra "inevitable y necesaria" que Martí promueve a través de una dedicación total de su persona a la tarea de propaganda y junta, y de un apostolado sin paralelo que revela en él, por las consecuencias en que desembocó, al más grande revolucionario de su tiempo, la mentalidad, por otra parte, —mezcla de ímpetu y de freno, de impulso y de método, de arrebato y de serenidad— más alta, entre todas las de sus contemporáneos, el espíritu más ancho y profundo, que rozaba lo angélico, que lucía —si eso cabe, si eso es posible— construído con sustancia divina. Y parece natural que tales valores exigiera la empresa a que Martí consagró su vida, pues que fué el fruto del dolor de un siglo de constante aspirar y solamente por los caminos que su visión le abrió —y que tan sólo de hombre como él podrían venir— iba a alcanzar la meta apetecida. Ello se aclara en seguida cuando se piensa que era el nuestro un pueblo educado por procedimientos coloniales, compuesto de blancos y negros, heredero de una tradición esclavista, fracasado en sus guerras anteriores, consumido por un régimen económico de explotación inicua, ambicionado por imperialismos vecinos, pueblo, en fin, de isla que era también una isla humana. Y el mundo, señoras y señores, ya a esas alturas casi arribaba la centuria en que, por razón de otras muchas de error y de injusticia, la tierra temblaría ante crisis universal, suscitadora de las conflagraciones de que hemos sido testigos y que no son, a la postre, sino testimonios de la reiterada inconformidad del hombre frente al hombre mismo. Martí pretendió apresurar la marcha de su pueblo. El paso primero, como se comprende, era instalarlo en la libertad.

Las ideas políticas más excluyentes entre sí convivieron en Cua hasta el triunfo mismo del separatismo mediante la guerra de independencia. El anexionismo, de raíz esclavista, pervivió aún en los días en que Martí la preparaba organizando el Partido Revolucionario Cubano a base de las emigraciones, radicadas prin-

cipalmente en Estados Unidos, y por la unión triunfante de las generaciones nuevas con las viejas fuerzas dispersas —y ahora descreídas— que mantuvieran durante diez años la epopeya del 68. Como semejante tendencia coincidía, al cabo, con el interés estadounidense, Martí le estuvo siguiendo los pasos para salirle al encuentro, sin dejarla respirar, doquiera asomaran sus pronunciamientos. Era en verdad la de la anexión una corriente en la que, a su turno, habían bebido aún aquéllos que con las armas combatieron y repudiaron a España.

Porque la rebeldía cubana concluyó por creer, con acierto, que sólo por la acción directa podría sacudirse de la Metrópoli, pero no fijó con igual tino su ideario político, en cuanto a conciencia colectiva, a norte y rumbo populares. Ese confusionismo atravesó la "Guerra de los diez años" y arrastró incluso a sus más destacados paladines, sino mienten los acuerdos de la asamblea de Representantes del Centro que en 6 de abril de 1869 pedía la anexión y el adoptado en Guáimaro por la Cámara de Representantes el 29 del propio mes, al objeto de interesar del Gobierno y del pueblo de Estados Unidos la ayuda necesaria para vencer a España y "ver colocada la Isla entre los estados de la Federación Norte-Americana". Acuerdo que llevaba, entre otras, las firmas de Salvador Cisneros Betancourt, Antonio Zambrana y Tomás Estrada Palma, que refrendó, como Presidente, aprobándolo, Carlos Manuel de Céspedes, y que en su fondo recogía la postura de Ignacio Agramonte, muy afín a las ideas que, dieciocho años antes, divulgó en proclamas vacilantes Narciso López. Cuando se califica de desordenada la guerra de Yara hay que aplicar el adjetivo a sus aspectos todos, pues que fué, sin duda, un movimiento generoso, heroico y resuelto, pero carente de unidad y ostensiblemente heterogéno. Céspedes, su máxima figura, se levanta en armas luciendo entorchados de Capitán General, y tal título se da no obstante ser esos los atributos del propio poder político y militar que intenta abatir; y a su vez los representantes del pueblo en armas, solidarios en definitiva del ideal concreto más generalizado, dan paso a la solicitud anexionista reconociéndola, oficialmente, como aspiración política de los cubanos.

Cuando esa experiencia bélica termine, por la reconciliación falaz con España que fué el Pacto del Zanjón, exhaustas las fuerzas revolucionarias y cansado el País, las promesas, a la postre incumplidas, de reformas sustanciales abrirán la oportunidd histórica al autonomismo —el gobierno propio bajo tutela española—; tendencia que servirá para probar una vez más que no cabían sobre el mismo suelo la nación que lo había colonizado y el pueblo que saliera de sus entrañas. En la crónica de la elocuencia cubana, que representaba en su rango más alto Rafael Montoro, quedó la tesis que entretuvo la discrepancia hasta que Martí, desde el exilio, vió propicia la ocasión de agrupar, bajo el imperio soberano de una palabra nueva que traía también al debate un nuevo contenido, las fuerzas latentes de la rebeldía sofrenada y sin cauce. Y cuando él alzó la voz a su conjuro, es lo cierto, despertaron las conciencias dormidas. Ya no tenían por qué hablar los que en la posibilidad de un arreglo con España mantenían una fe que la historia negaba. Ya era sonada la hora de los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, gente de trabajo y de pueblo.

Martí, poeta, artista, hombre de espíritu y de pensamiento, escritor sobre todo, reunió y equilibró como nadie las condiciones indispensables en el combatiente que debiera acometer la tarea que la historia le puso a él delante y que él con decisión absoluta aceptó. A las experiencias dolorosas del pasado de su patria y de las circunstancias de su tiempo, y debiendo rehacerlo todo, desde los pueblos hermanos sumó una visión profundamente realista de la manera de decir hasta la manera de obrar, comenzó por ordenar y fijar el pensamiento en que los cubanos hallarían la justificación del empeño. A eso responden las Bases del Partido Revolucionario Cubano y sus Estatutos Secretos. A eso su rechazo de la idea de la anexión, apoyándose en la propia actitud de Estados Unidos, que respecto al pueblo de Cuba "niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter". A eso su respuesta a "The Manufacturer", de Filadelfia, que pretende opiniones para esclarecer si conviene o no a Norteamérica la anexión de la Isla, respuesta que carga a la tendencia anexionista la parte de responsabilidad que le corresponde en el retardo del proceso político

cubano. Poco después "Patria" diría, por la propia pluma de Martí, y sin ambages, que era el pueblo de Estados Unidos pueblo distinto al nuestro, que tenía sobre nuestro país "miras de factoría y de pontón estratégico", que era una república que se declaraba ya agresiva y que nos comprendía, "como puesto de defensa necesaria, en su plan de agresión".

Al autonomismo lo despachó Martí con dos adjetivos precisos. Ciegos y desleales, llamó a sus hombres. Ciego al que creía de buena fe en la posibilidad de que España otorgara libertades suficientes; desleal al que "por miedo a la verdad y al necesario sacrificio —escribió— contribuya a sostener, contra su propia opinión, la esperanza hueca de un país de sangre viva y ociosa, y de necesidades impacientes, en una política sin pan ni porvenir, en una política sin seguridad y sin honor, en una política de quiebros y de bofetadas". "...ese es culpable de veras, porque es desleal". "Es desleal a su patria en la hora decisiva".

La guerra de independencia fué para Martí un todo armónico. La guerra, dijo, es un procedimiento político. Desde "Patria", en su número primero, aparecido el 14 de marzo de 1892, como órgano oficial del Partido Revolucionario, lanzó a los cuatro vientos la justificación cabal de la guerra: "Es criminal —afirma— quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable. Es criminal quien ve ir al país a un conflicto que la provocación fomenta y la desesperación favorece, y no prepara o ayuda a preparar, el país para el conflicto. Y el crimen es mayor cuando se conoce por la experiencia previa, que el desorden de la preparación puede acarrear la derrota del patriotismo más glorioso, o poner en la patria triunfante los gérmenes de su disolución definitiva. El que no ayuda hoy a preparar la guerra ayuda ya a disolver el país. La simple creencia en la posibilidad de la guerra es ya una obligación, en quien se tenga por honrado y juicioso, de coadyuvar a que se purifique, o impedir que se malee, la guerra probable. Los fuertes prevén; los hombres de segunda mano esperan la tormenta con los brazos en cruz". Como un anticipo de lo que ha de ser en su momento el Manifiesto de Montecristi, dirá ese propio día y en el mismo

artículo, mirando a los irresolutos, a los negros y a los españoles: "La guerra es, allá en el fondo de los corazones, allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable del sacrificio humano". "Para todos los cubanos, bien procedan del continente donde se calcina la piel, bien vengan de pueblos de una luz más mansa, será igualmente justa la revolución en que han caído, sin mirarse los colores, todos los cubanos". Y después: "No es el nacimiento en la tierra de España lo que abomina el antillano oprimido: sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos. Contra el mal padre es la guerra, no contra el buen padre". "El hijo ha recibido en Cuba de su padre español el primer consejo de altivez e independencia".

Empero, la guerra cubana ha de tener y tiene, además, para Martí un sentido trascendente, de americanidad y de universalidad, que la uspicia como necesidad y la realza como suceso. Y él agrupa sus implicaciones en síntesis magistral: "La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo".

Esta imagen de Martí, que se proyecta sobre los mares antillanos con el trasfondo de América y la concurrencia de factores internacionales, no se libraba de la única preocupación política que nunca pudo exponer sin temor de hacer daño a su causa: la posición de los Estados Unidos. A eso mira, sin duda, el artículo sexto de las Bases del Partido Revolucionario cuando afirma que éste se establece "para fundar la patria una, cordial y sagaz, que, desde sus trabajos de preparación y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen. . .". Sobre esto dirá explícitamente la víspera de su muerte en carta a Manuel Mercado: "...ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan sobre

las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso". Lejos estaba de admitir la beligerancia de Estados Unidos y su participación en la guerra que levantaba. Y muy lejos de pensar, desde luego, que el drama terminaría peleando y entendiéndose por su cuenta España y Norteamérica, con su amada isla intervenida y la de Puerto Rico conquistada por bandera extraña, representativa de las fuerzas agresivas a que quiso oponerse incluso para salvar "el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa".

El 25 de marzo de 1895 dió al mundo en Montecristi, con su firma y la del Generalísimo Máximo Gómez, el manifiesto —dice Mañach, el más crítico y ceñido de sus biógrafos—, que "más que una declaración de guerra es el esquema de la constitución republicana". Martí acentúa en él —escribe— "el designio fundador y el sentido normativo y trascendente que ha tenido siempre su palabra. Parece querer abrirle cauces imperecederos a la patria que libera".

Ya está Martí próximo a su fin. ¿Me será lícito, aunque casi escape al tema, recordarlo de un trazo?

El día 11 de abril pisó tierra cubana camino de la guerra. "Yo evoqué la guerra. Mi responsabilidad comienza con ella", había dicho. Su estado de ánimo al escribir a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra las primeras impresiones, sobre una tabla de palma que sostienen cuatro horquetas, saturado ya del paisaje que añoraba, gozoso del amanecer en aquella vega de los montes de Baracoa, lo tradujo así: "Refrenaré mis emociones. Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda la vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio".

Al sacrificio iba. Ya estaba en manos de Federico Henríquez Carvajal por esos días la carta en que expresara: "...mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador, morir callado. Para mí ya es hora". Ocurrió muy pronto, en Dos

Ríos, un día de mayo, el 19, el último en que se oyó sobre la manigua insurrecta su palabra arengando a la tropa, y cuando el eco de su voz sonora recorría aún la llanura. Vestía una camisa azul, trasunto del cielo que contempló impasible su caída. Llevaba encima del corazón un retrato de su hija María, con el que pretendió, por bella ofrenda de poeta, un "escudo contra las balas". Cayó de frente, tal como lo prometiera a los hombres del 68, derribado de su jaca mora por el fuego de los soldados de España que él mismo había invitado al combate.

Dejó a los cubanos el ejemplo de una vida sin mancha, una patria, la flor de su pensamiento, el arte maravilloso de su pluma. Y en la historia de su existencia la grandeza de que más podemos enorgullecernos.

Con todo, la totalidad de su ambición americana fué un sueño. Por la intervención de Estados Unidos en su guerra contra España, resultó Cuba por algún tiempo el pontón estratégico que él tanto temiera, y su voluntad no decidió en última instancia de su destino. Como se sabe, la cuestión cubana derivó en conflicto entre Norteamérica y España, y esa Guerra Hispano-Americana desplazó a España como potencia europea, pues su imperio no era ya otra cosa que un simulacro de fuerzas; y por las acciones navales y terrestres en las Antillas y en el Pacífico, en pos de posesiones españolas, convirtió a Estados Unidos en potencia mundial. La Guerra Hispano-Americana consolidó y extendió lo que de consumo propiciaban para ellos los dos engendros de su política de expansión que se conocen por Doctrina de Monroe y Destino Manifiesto. América quedaba aislada, y en su seno, a partir de entonces, un extraordinario poderío económico y militar se preparaba para inaugurar su presencia rectora en todas las encrucijadas del mundo.

DISCUSION:

DR. MAÑACH: Vamos a ver... Son muchas las manos que se alzan aquí en primer término... Todo un bosque de manos...

SR. VAZQUEZ MENDEZ: Doctor, yo quisiera saber cuál era la situación de la guerra en el momento en que intervienen los americanos,

si habría posibilidades de que Cuba ganara sola, en primer lugar. En segundo lugar, me gustaría saber la actitud del General Calixto García, si es que los cubanos debemos agradecerle su actitud, o si hay algo de criticable en ella en relación con la intervención norteamericana.

DR. GARCIA PONS: Desde el punto de vista personal, no tengo la menor duda de que la guerra sostenida por los cubanos en definitiva concluía con la victoria de los mismos. En cuanto a la intervención norteamericana y la actitud del General Calixto García, a mí me parece que, efectivamente, merece el General García el reconocimiento de la posteridad, que fué su actitud la procedente y la justa.

SR. JUAN BLAZQUEZ: Doctor, mientras usted estaba disertando a mí me venía a la mente una pregunta que en el decursar de la conferencia usted contestó, sobre el problema americano que a mi manera de ver usted enjuició desde un punto de vista cubano. Pero yo quisiera preguntar una cosa: Usted dice que en el Artículo 6 del Partido Revolucionario Cubano, Martí, previó la ingerencia o la ayuda americana en la Guerra con España. Entonces, muerto Martí, intervienen los americanos en la guerra, y ellos son los que dictan las bases del convenio o del tratado con España anexionándose o quedándose con las Filipinas y Puerto Rico. ¿Qué actitud tomaron los cubanos en ese sentido?, o sea, ¿no hicieron algo por impedir que los americanos y los españoles firmaran el Tratado?

DR. GARCIA PONS: La persona que sucede a Martí como Delegado del Partido Revolucionario Cubano no sigue precisamente la misma línea de Martí. Martí ya estaba muerto y circunstancias del momento aconsejaron al patriotismo del nuevo Delegado reconocer y aceptar la beligerancia norteamericana. Fué éste uno de los patriotas que propiciaron la intervención bélica de Estados Unidos, la ingerencia de los Estados Unidos desde el punto de vista militar. pero esa fué una actitud que vieron con simpatía todos los veteranos de la Guerra del 95. La Junta Revolucionaria de Nueva York, como los propios beligerantes en la manigua cubana, vieron como una brillantísima ayuda la presencia de los Estados Unidos en la guerra. Lo que en definitiva ocurrió después, cuando ellos se desentienden de los cubanos que les había permitido sus primeras victorias, y tratan directamente con España, decidiendo el destino de este país, es cosa que escapaba al interés primero y fundamental de ganar la guerra.

SR. BLAZQUEZ: Doctor, en relación con el reconocimiento que usted dice que debemos tener los cupanos a Calixto García, yo quisiera oirle, y a lo mejor estoy equivocado..., pero he leído en algunas ocasiones que a Calixto García lo pintan como un soldado simple y en otras ocasiones que a él se debe en gran parte la batalla ganada por los americanos en las lomas de San Juan, y que, si no hubiese sido por él, hubiera sido un fracaso para los Estados Unidos su intervención en la guerra cubano-española.

DR. GARCIA PONS: Por lo menos en las condiciones ventajosas en que se desenvolvió la táctica y la estrategia norteamericana en Oriente, en que los cubanos fueron efectivamente los orientadores, los guías y los que desde el punto de vista militar, incluso a Shaffer le dieron lecciones de cómo había que pelear en Cuba. Eso es positivamente cierto y está corroborado por el testimonio de cuantos aquello presenciaron y de todos los historiadores que de la materia se han ocupado.

SR. PRUDENCIO VIDAL CAPOTE: He estado en los Estados Unidos 33 años, 4 de estudios y 29 de trabajos, por necesidad. La disertación del Dr. García Pons ha sido brillante y me sugiere un consejo... Cuba lo que necesita es la cultura cívica para los jóvenes, que son el porvenir de la patria. Nosotros los viejos, que hemos cometido errores, ya no podemos arreglarlos; pero el niño, el joven, es el que tiene que trabajar y educarse para arreglar los errores de los viejos. Yo no sé si lo que yo digo tiene pertinencia sobre la disertación del Dr. García Pons; pero lo que yo he visto aquí desde que vine es que el **sport** de los cubanos es insultarse unos a otros y al pueblo americano, que no tiene nada que ver con eso, porque el pueblo americano, como el cubano, tiene las manos amarradas. En la juventud de Cuba está el porvenir de Cuba. Ella es la que tiene que arreglar esto. Gracias.

DR. MAÑACH: Bien, no es una pregunta pero es algo que estaba muy dentro del espíritu de la conferencia.

DR. GARCIA PONS: En cuanto a las alusiones a los Estados Unidos, quiero contestarle que están basadas en la posición de José Martí frente a los Estados Unidos y al problema de la guerra de Cuba y no constituyen ningún criterio personal del disertante. Fué precisamente con motivo de la invitación que hizo un periódico norteamericano a Martí para que esclareciera en el seno de esa nación la conveniencia o no de anexar la isla. El periódico abonaba la pregunta haciendo un estudio de las condiciones sociales, políticas y económicas del pueblo cubano y el retrato no podía ser más triste. José Martí entonces se dirigió a la opinión norteamericana a través de esa propia prensa con un formidable trabajo que se llama: "Vindicación de Cuba" y en el que expuso, en una síntesis apretada, la historia de los esfuerzos del pueblo cubano, por la libertad y su presencia en manifestaciones muy diversas de la cultura. Desde ese punto de vista es que Martí decía que ese pueblo insultaba la virtud cubana y despreciaba su carácter. Se refería a un momento dado de la posición de los Estados Unidos.

DR. MAÑACH: ¿No cree usted, Dr. García Pons que, sin embargo, convendría subrayar mucho la diferencia que ha apuntado el señor, la diferencia de opinión entre personas o voceros, personas que se permiten hablar en nombre del pueblo, y la del pueblo mismo? ¿No es un hecho que cuando la voladura del **Maine** hubo una oleada de indignación en los

Estados Unidos, que vino acompañada de un movimiento de verdadera simpatía en el pueblo a favor de la independencia de Cuba?

DR. GARCIA PONS: Cierto. Y cierto también, corroborando eso mismo, que espíritus libres de los Estados Unidos, mentalidades abiertas a la justicia, se produjeron de una manera franca a favor del cubano y de su verdadera libertad, incluso un miembro del Congreso de los Estados Unidos. Cierto también que la Prensa coadyuvó a crear un estado de conciencia de los Estados Unidos, que permitió precisamente la intervención o la ingerencia militar en el conflicto con España, y que utilizaron incluso la Prensa sensacionalista para pintar con los más vivos colores la tragedia que se desenvolvía en Cuba, precisamente en la lucha desesperada que los cubanos sostenían frente a España.

SR. OTTO JAHKEL: Dr. García Pons, yo quisiera que usted me contestara a dos pequeñas cuestiones. ¿No se podría calificar de ciegos y desleales a esos numerosos plumíferos que se dedican desde los periódicos a defender a los americanos? Y la segunda: ¿No se podría calificar de ciegos y desleales aquellos que niegan la autenticidad del escrito: "Hombre de campo"?

DR. GARCIA PONS: Yo no creo que por defender a los americanos se pueda calificar de ciego y de desleal a nadie. Razones tendrá el que se produce defendiéndolos.

La segunda pregunta no se la oí bien.

SR. OTTO JAHKEL: Que si no se pueden calificar de ciegos y desleales a toda esa serie de grupos reaccionarios que hay en Cuba que niegan la autenticidad del escrito de Martí, titulado: "Hombres de Campo", donde habla de ese acto que llaman bautizo.

DR. GARCIA PONS: Bueno, la cuestión no merece considerarse mucho; sería hacerle mucho caso a la misma, que es de dudosa trascendencia.

SR. CARLOS MENCHERO: Me hace el favor, Dr. García Pons, de decirme por qué los curas no hablan de la ex-comunión de Martí y dígame por qué fué excomulgado Martí.

DR. GARCIA PONS: En primer término a mí no me consta que José Martí haya sido excomulgado.

SR. MENCHERO: Bueno, en sus escritos por lo menos determina... por ejemplo en ese mismo titulado: "Hombre de campo", ahí mismo determina algo frente a la Iglesia, ¿no?

DR. GARCIA PONS: Pero no confunda los términos... Una cosa es la opinión de Martí, desde el punto de vista religioso, de las Iglesias y otra cosa es la ex-comunión de que usted habla y de la que yo no tengo noticias.

SR. SUSINI DE ARMAS: Yo quisiera que el muy distinguido escritor e historiador que acaba de pronunciar una conferencia tan interesante como la que acabamos de oír sobre Martí, me dijera cuál fué uno de

los motivos que obligaron a los Estados Unidos a tardar su intervención, sobre todo de la parte de Inglaterra.

DR. GARCIA PONS: Hubo muchos motivos para que los Estados Unidos demoraran su intervención. El motivo cardinal era que los Estados Unidos, con respecto a Cuba y a la utilización que de esta isla de muy viejo se proponían hacer, en lo menos que pensaban era en intervenir en una guerra para lograr que España en definitiva dejara a América y ellos pudieran extender su esfera de influencia al aribe, a las Antillas. La intervención bélica se produce cuando ya es indispensable a los Estados Unidos; cuando la diplomacia fracasa en todas las formas, cuando ya todas las gestiones realizadas durante un siglo por los Estados Unidos, para adquirir la isla, bien fuera por cesión o por anexión, habían fracasado. La realidad era que la situación de España en América se hacía insostenible. Inglaterra por otra parte, procuraba, por todos los medios a su alcance, obstaculizar la presencia de los Estados Unidos en su movimiento de expansión, y ante un imperio débil, en franca derrota, como era el imperio español, en una guerra en que en definitiva las posibilidades de España no eran tan ciertas aprovecharon la oportunidad e intervinieron mediante un estado de conciencia que se formó previamente en el pueblo americano, y decidieron la guerra. Esa fué la causa última y final, la coyuntura histórica.

SR. ADOLFO SUAREZ: ¿Cree usted, Dr. García Pons, que la intervención americana fué bien intencionada, o solamente para después que Cuba fuera republicana tener un favor de Cuba, agradecida de su intervención?

DR. GARCIA PONS: Esa pregunta se brindaría a consumir mucho tiempo, del cual no se dispone aquí. Los grandes estados no tienen ni buenas ni malas intenciones, van en concordancia con los intereses propios y con los momentos históricos que viven. Los Estados Unidos necesitaban que Cuba fuera de ellos o independiente, pero no en manos de ningún poder europeo. Por esa razón intervienen de una manera decisiva en la guerra. Después, la misma circunstancia les lleva a respetar lo expresado en la **Joint Resolution** y a concederle en definitiva a este país la oportunidad de organizarse como un pueblo libre. Pero la Enmienda Platt, como instrumento político y las estaciones carboneras, son la prueba manifiesta de la vigilancia con que permitieron los primeros pasos de cuna de la patria nuestra.

Fernando Portuondo

El Legado Político y Social del Siglo XIX

ANTE todo, séame lícito aclarar mi actitud respecto al título de esta disertación. A quienquiera que no hubiera seguido el presente curso de la Universidad del Aire podría parecerle jactancioso ese título; y si alguien me creyese capaz de desarrollarlo cabalmente, al final se vería defraudado y condenaría mi audacia.

El auditorio interesado en La Huella de los Siglos seguramente conoce la serie de obras históricas editadas por la Universidad de Oxford con el título de Legados. Si grupos de especialistas escogidos para resumir en sendos ensayos la herencia de una época o una cultura encontraron, como explican los autores de El Legado **de la Edad Media**, extraordinariamente difícil presentar un cuadro coherente de la mentalidad y las instituciones de esos diez siglos de historia, cuánto de atrevido no tiene el intento de resumir en unos minutos el alcance de nuestra deuda política y social con el siglo XIX, un siglo todo él que acaso podría clasificarse entre los "tiempos revueltos" que suele hallar en el estudio de las culturas Arnold Toynbee.

A grandes pinceladas pues, veamos los hechos esenciales que, a nuestro juicio, deben encuadrarse en el boceto.

El principio de las nacionalidades es sin duda el postulado político de mayor vivencia en el siglo XIX. Claro que no se trata del sentimiento de la nación o de la existencia de la nación misma, que tienen antigüedad bastante remota. Sin acudir al Oriente ni

a Grecia ni a Roma, el aserto podría apoyarse en el fenómeno de la formación de las nacionlidades que caracterizan los comienzos de la Edad Moderna. Lo que ahora ocurre es que una situación histórica, que fué creándose en el curso de siglos, entró en la categoría de doctrina y aún podría decirse que de doctrina de moda. Hubo antes pueblos con sentido nacional sujetos a la soberanía de otros pueblos; pero el nacionalismo, exacerbado por la Revolución Francesa, adoptó postura combatiente a partir del siglo XIX y creó nuevos Estados en América y Europa (Haití, todos los de Hispanoamérica, Brasil, Grecia, Bélgica, Italia y Alemania) y causó convulsiones y guerras (en los Balcanes, en Polonia, en Inglaterra, en España y otros países).

Sin duda alguna, cierta corriente política posterior a la crisis del nacionalismo y que desde el punto de vista de la biología social puede ser considerada como derivada del mismo, el imperialismo, llenó la actualidad en los últimos años del siglo XIX y constituye parte importantísima del legado secular. Nacionalismo e imperialismo penetraron de la mano en nuestro tiempo. Piénsese en la paradoja del imperialismo norteamericano reconociendo y apoyando el nacionalismo cubano en 1898.

El imperialismo surgido en el siglo XIX no debe confundirse con la idea imperial practicada de tiempo en tiempo a lo largo de la historia. Alejandro, Carlos V, Napoleón, Hitler, aspiraron a fundar un Estado universal. Querían imperar, estaban poseídos de lo que Ramón Menéndez Pidal llamaría "la idea imperial". Otra cosa es el imperialismo contemporáneo. Ya lo dice la terminación de la palabra, que denota doctrina o sistema, al decir de la Academia. Ante todo, no es cosa personal ni preconcebida. Como fenómeno social en todo caso puede burcársele parentesco con la colonización, que es uno de sus pasos. Pero el imperialismo va más allá del establecimiento de grupos de emigrantes de países sobrepoblados o de cultura superior en tierras habitadas por pueblos salvajes o desprovistos de personalidad: crea vínculos más complejos que los de la sangre y la explotación, forma o intenta formar una maquinaria estatal autártica sobre una suma de territorios diseminados por diversos lugares del planeta y llega, aunque parezca paradójico, hasta reconocer el derecho de libre determinación

de los pueblos de la comunidad imperial, cuando los mismos han asimilado la cultura de la metrópoli y son capaces de concurrir espontáneamente a la conservación del Imperio. Con menos perspectiva histórica que nosotros, pero con excepcional sagacidad, Varona estudió **El Imperialismo a la luz de la Sociología** en 1905. Para él, positivista, el fenómeno del imperialismo puede ser comparado con el ciclo de los seres humanos. Estos se agrupan en sociedades que obedecen a leyes biológicas a las que rigen a los organismos individuales. Estos están caracterizados por una evolución, de la cual son etapas el crecimiento, la necesidad de ocupar mayor extensión en el espacio y, desde luego, se reproducen y mueren. De ahí que el imperialismo no sea un acto bochornoso, sino una actividad natural de sociedades que alcanzan alto grado de progreso en la densidad de población, capacidad política, cultura y poder. La Geopolítica alemana apoyaría la tesis del pensador cubano.

Inglaterra es el imperio típico que el siglo XIX legó al nuestro. Su apogeo, de hecho, pertenece a la pasada centuria, si bien su organización jurídica no vino a completarse sino hace un cuarto de siglo, al quedar integrada en la Conferencia Imperial de 1926, The British Commonwealth of Nations (la Confederación Británica de Naciones. Con posterioridad, por el Estatuto de Westminster (1931) y por otros instrumentos jurídicos, ha ido perfeccionándose esa novísima Anfictionía.

No se puede hablar del nacionalismo sin aludir al liberalismo, peculiarísima corriente que forma parte de la herencia cuyo recuento intentamos aquí. El liberalismo es para nuestra generación, especialmente por sus implicaciones económicas, como muchas cosas que recibimos de nuestros antepasados y que, habiendo sido para ellos de extraordinario valor, nos hacen sonreir desdeñosamente por su insignificancia actual. Como una vieja casa provinciana o como una cajita de música parece en nuestro tiempo el audacísimo liberalismo de hace un siglo. Sin embargo ¡cuánto no significó por muchos años! Pienso, sin remontarme a la Revolución de Julio, ni al movimiento de **The people's Charter**, ni a **La Fiesta de Hambach**, pienso, digo, en las vicisitudes del pueblo cubano durante medio siglo de lucha intelectual y otro

medio de levantamientos y guerras, para lograr la vigencia en nuestra tierra de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Aunque hoy consideremos el liberalismo en quiebra, fué sin duda un baño de luz para el espíritu en el momento histórico en que se desarrolló.

De la mano del nacionalismo y del liberalismo se presentó en la palestra política del siglo XIX la democracia. Como la de aquellas doctrinas, su raíz estaba clavada en tiempos anteriores. Como el nacionalismo y el liberalismo, había cristalizado en la Revolución Francesa. Ya en otra ocasión, al estudiar desde esta misma cátedra la Revolución de las Colonias inglesas, hablé del gobierno representativo en los países anglosajones y del desarrollo de las ideas democráticas antes de la Ilustración. En la brevedad de mi esquema, no dejé de señalar las falacias del sistema parlamentario en Inglaterra. Ahora debo aclarar que si hablo de cristalización al referirme a la Revolución Francesa, acaso me esté expresando mal y deba decir que con ella empezó a generalizarse, a universalizarse la democracia. Bien es sabido que la democracia aún está en evolución; de donde precisamente nace su virtualidad presente. El hecho histórico es que el sufragio estuvo viciado de restricciones económicas y sociales hasta época avanzada en todos los países. No puede olvidarse que hasta la Tercera República no fué universal el sufragio en Francia; que muy poco antes, en 1867, fué cuando se extendió en Inglaterra el derecho del voto a los obreros con domicilio fijo; que los Estados Unidos hasta 1870 no adoptaron la décimoquinta enmienda constitucional que extendió el voto a los negros; en fin, que el voto de la mujer es un hecho reciente. Pero gracias al sistema democrático ha prosperado la Unión hasta el grado actual, superando crisis como la de la Secesión y la Reconstrucción; y gracias al propio sistema ha sido posible en Inglaterra no sólo el arribo al Poder de un Partido Laborista, sino el establecimiento de condiciones de vida política halagüeñas en diversos lugares del mundo donde bajo otro régimen, nativo o extranjero, serían inferiores. Recuérdese el contraste, reiteradamente evidenciado por los liberales cubanos del siglo XIX, entre las colonias inglesas y las españolas. Es cierto que España también se incorporó al sistema representativo en el siglo XIX;

pero la maquinaria funcionó deficientemente, sin continuidad ni virtualidad.

Históricamente, la primera gran conquista social de los tiempos contemporáneos fué la abolición de la esclavitud. Resultaba una inconsecuencia que en la Era de la libertad, la igualdad y la fraternidad hubiera esclavos. Así lo consideró la Convención, inaugurando un humanísimo movimiento que lenta, pero seguramente, había de ir desarrollándose durante el siglo. Hitos en ese proceso son la apasionada campaña de William Wilberforce, el Padre Las Casas de los negros, a lo largo de casi medio siglo, para suprimir la Trata primero, como se suprimió en 1806; más tarde, en 1833, la esclavitud, en las colonias inglesas; la Guerra de Secesión norteamericana, cuadro digno para enmarcar la figura de Lincoln, de quien tan acertadamente dijo Martí que había hecho la Revolución, como antes Washington la independencia. Por último merecen mención los esfuerzos sostenidos por los abolicionistas ingleses para lograr que en la conquista de Africa se mantuviese el principio de erradicar la trata y la esclavitud, como hubo de acordarse en la Conferencia Internacional de Berlín de 1884 por las principales potencias imperialistas de la época. Tienen mayor relieve esos generosos intentos, si se tiene en cuenta que una falsa ciencia fundada al socaire de las ideas darwinianas trataba de probar por entonces la superioridad de unas razas sobre otras (recuérdese al conde Gobineau).

El socialismo es sin duda la invención más genuina y polémica del siglo XIX, en el campo de la cultura. Hijo de la Revolución Industrial que se inició en Inglaterra en el siglo anterior, con ella pasó al continente europeo y con ella creció en el curso del siglo. Si se superpusiese un mapa de los movimientos obreros de la época a otro de las zonas altamente industrializadas, se observaría una exacta coincidencia. Las grandes figuras revolucionarias vivirían en esos escenarios o procederían de los mismos.

Necesariamente fué en Inglaterra donde comenzó a plantearse la problemática socialista. Allí también surgió el primer revolucionario social. Era, como más adelante Federico Engels, un industrial, un patrono, y se llamaba Robert Owen. Fué este precursor quien primero ensayó la política de pagar a los obreros durante

los paros forzosos; el primero que concibió acortar las jornadas de trabajo; el primero que abogó, vale la pena citar la fecha, por tratarse del año del triunfo del absolutismo en el continente próximo, en 1815, por la intervención del Estado en la producción para dar trabajo a los obreros que no podían hallarlo en las fábricas y talleres particulares. Owen, desde luego, fracasó; como fracasó años adelante el movimiento cartista, que pretendía con el sufragio universal lograr representación obrera en el Parlamento; pero desde 1852 los obreros pudieron organizarse legalmente en sindicatos (los **Trade Union**) e intervenir en la política, apoyando a uno u otro partido según les ofrecieran mejorar su situación. Así obtuvieron elevación de salarios, seguros y leyes protectoras de todas clases que hicieron innecesaria la lucha de clases. De hecho, los ingleses pueden enorgullecerse, como se enorgullecen, de poseer la virtud de ir resolviendo las cuestiones a medida que se presentan (**the virtue of muddling throug**). Por eso sus obreros pasaron de condiciones de vida espantosas en los primeros tiempos del siglo, a representar el tipo contrario del **Lumperproletariat** o proletariado andrajoso de Rusia; por eso, como dice el historiador alemán Veit Valentin, "el obrero inglés, bien pagado, bien alimentado y bien alojado, no era un proletariado de revolucionarias urgencias, con la conciencia de clase a flor de piel, sino un ciudadano razonable que participaba en todas las posibilidades de un capitalismo que había alcanzado el grado de plenitud y madurez, incluso con la perspectiva de elevarse socialmente, si no él mismo ya, sus hijos por lo menos".

Francia, mejor dicho, París, fué en el siglo XIX el centro de los intelectuales, artistas y políticos exilados. Allí surgió el primer partido socialista republicano, cuyos miembros se llamaban a sí mismos comunistas, enarbolaban una bandera roja y pedían el reparto de bienes. Era en los días que precedieron a la Revolución de Julio (de 1830). Allí Louis Blanc encabezó una tendencia que aspiraba a interesar a los obreros en el Poder . . . para fundar cooperativas de producción con apoyo estatal. Allí los sansimonianos esperaban líricamente el día de la justicia, mientras Prudhon elaboraba la teoría de la anarquía y sorprendía a los burgueses demostrándoles hasta que punto y por qué la propiedad es un

robo. Allí fué fundada la Primera Internacional Obrera en 1864. Allí se establecieron, asqueados del autoristarismo alemán, el poeta Enrique Heine y el filósofo Carlos Marx. Allí redactó éste, en colaboración con Engels, el **Manifiesto comunista**, que, como es sabido, contiene en germen las doctrinas del marxismo. Allí, en fin, se gestó la Revolución de 1848 que, como la teoría marxista, ha sido objeto de sendas lecciones en este curso.

En los Estados Unidos las circunstancias históricas hicieron un poco sensibles los problemas que el industrialismo capitalista creó en Europa. Por una parte, la expansión constante, lo mismo en el sentido geográfico que en el industrial, permitió a los proletarios mejorar su situación sin acudir a la lucha de clases. Por otra parte, la burguería había sido mayoría en el país desde la instauración de la República. Cuenta Charles A. Beard (*) que en la Convención en que se discutía la Constitución John Dickinson explicando que el sufragio restringido a los propietarios no sería impopular porque "los propietarios son en esta época los más numerosos." Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX los obreros comenzaron a sentir la necesidad de agruparse en una Unión Nacional del Trabajo (1866) de la cual surgió en 1886 la gran Federación Americana del Trabajo. Datan de la última década del siglo las primeras perturbaciones obreras de importancia. Las ocasionaron los trabajadores de las grandes Compañías Carnegie, Pulmman y otras. Por entonces el Tribunal Supremo condenó al dirigente proletario Debs "por conspirar para obstruir el comercio de los Estados", a tenor de la Ley Sherman, votada para contener el desarrollo de los truts capitalistas y que, por extensión, resultó aplicable a las coaliciones obreras.

Un hecho social que no puede pasarse por alto en el siglo XIX es la entrada de la mujer en la vida pública. A la inglesa Florence Nightingale correspondió la prioridad en el movimiento feminista. Informada de que había cientos de enfermos y heridos en Crimea sin debida atención, organizó un cuerpo de voluntarias y marchó a remediar aquella situación. A su vuelta a Londres fué aclamada como heroína nacional. Quedó abierto el camino del servicio pú-

---

(*) **Ar Economic Interpretation of the Constitution.** New York, 1934.

blico a la mujer. En 1864 se efectúa la Convención de Ginebra, que da vida internacional a la Cruz Roja. Años después (1881) Clara Barton funda la filial norteamericana y cuando la guerra de Cuba llega a su climax y la población civil muere de hambre y miseria arracimada en las poblaciones, a Cuba vendrá esa noble mujer, como un Hada buena a prodigar consuelo, alimentos y medicinas.

En fin, el siglo del nacimiento del imperialismo y la lucha de clases tuvo en sus postrimerías una contrapartida favorable en la tendencia a la celebración de conferencias internacionales. En 1889 se efectuó la Primera Conferencia Panamericana, en Washington, auspiciada por el Secretario de Estado James A. Blaine, con mejor fortuna que la de Panamá de 1826, convocada por Bolívar. Y en 1899, mientras Gran Bretaña lanzaba todo el peso de su Imperio contra los boers insumisos, se efectuó la Primera Conferencia de Paz de La Haya, en la cual 26 Estados acordaron la creación de una Corte Permanente de Arbitraje y la prohibición de gases, balas dum-dum y proyectiles aéreos en la guerra,—en la guerra cuya proximidad todo el mundo sentía, y que habría de ser el último legado del siglo XIX a los hombres del siglo XX.

DISCUSION:

DR. MAÑACH: Vamos a ver. Preguntas breves, por favor.

SR. REYNOSO: Felicito sinceramente al Profesor por su brillante conferencia. Una de las partes más interesantes de su conferencia fué, sin duda, el del nacimiento del socialismo. ¿Cree el Dr. Portuondo que el socialismo ha llegado a cristalizar? Al hablar de socialismo no hablo de marxismo, ni del comunismo, que es negación al socialismo. El socialismo: ¿ha llegado a cristalizar en el mundo democrático libre?

DR. PORTUONDO: Absolutamente, creo que no. Creo que precisamente la democracia necesita y está encausándose hacia una transformación socialista. La democracia, ha dicho un gran historiador contemporáneo nortemericano, Hawley, si padece como régimen político, es fundamentalmente porque muchas veces no es democracia, sino plutocracia. La realidad es que el mundo actual sabe que esa situación hay que corregirla.

DR. RAMOS: Como soy médico me gustan los tratamientos. Para un poquito de pensamiento y quitar algo de emoción, el Dr. Portuondo

podría decirme: ¿Habría pueblo cubano sin "Imperialismo" español del Siglo XV al XIX?; ¿habría nación cubana sin "Imperialismo norteamericano en el Siglo XIX? Y pongo las dos veces "Imperialismo" en comillas.

DR. PORTUONDO: La primera pregunta es casi de respuesta pueril, por no decir que lo es la pregunta misma. Si no hubieran venido los españoles a Cuba, no habría población cubana tal como la entendemos. Y en cuanto a la segunda pregunta, sí tengo una respuesta directa; entiendo, de una manera diáfana, que sin Imperialismo norteamericano del Siglo XIX, Cuba hubiera obtenido su independencia de todos modos.

DR. MAÑACH: Vamos a hacer que el aplauso sea intenso, pero breve.

DR. D. RAMOS: Yo le doy las gracias más expresivas por la contestación, porque usted habló al principio de la nacionalidad cubana dentro del Imperialismo americano, y no me refiero a los últimos tiempos, sino a todos los tiempos en el Siglo XIX, a la cuna de nuestra nacionalidad, cuando se podía conspirar en los Estados Unidos, aunque no hubiera habido Guerra Hispano-Americana. De modo que a eso es a lo que me refiero, poniendo entre comillas el "Imperialismo" norteamericano, y creo que es pueril, pero perdóneme que le diga que trato de atemperarme.

DR. MAÑACH: ¿Otra pregunta?

SR. FAUSTINO PEREZ: Dr. Portuondo, ¿cree usted que existe algún pueblo actualmente que haya alcanzado el ideal democrático, y de no haberlo, ¿cuál es el más que se acerca a él?

DR. PORTUONDO: La pregunta luce harto espinosa, pero sin duda alguna el balance tiene que estar entre los Estados Unidos e Inglaterra. Yo me acerco a pensar que Inglaterra más que los Estados Unidos.

DR. MAÑACH: ¿Y Suiza, doctor?

DR. PORTUONDO: Bueno, la realidad es que Suiza, como en otros aspectos Bélgica, es un país modelo; pero su sistema de vida y de gobierno afecta menos, como ejemplo, a la imitación mundial, y, efectivamente es un olvido imperdonable el no haberla mencionado.

DR. MAÑACH: Yo la he mencionado solamente doctor porque como nosotros tenemos una secreta aspiración a hacer de Cuba la Suiza de América... ¿Otra pregunta?

SR. ROBERTO SIMEON: Yo sólo quisiera señalar una cosa por lo que se ha dicho aquí por el Dr. Domingo Ramos: que en Estados Unidos se podía conspirar. Se podía conspirar cuando la política imperialista de los yanquis permitían conspirar. Está el caso muy claro de la Fernandina...

DR. PORTUONDO: Desde luego, Sr. Simeón, el asunto se puede convertir en polémico, y es lo que yo quise evitar dejando en el aire las últimas palabras del Dr. Ramos. La historia de las conspiraciones cubanas del Siglo XIX es un rosario de disposiciones presidenciales norte-

americanas prohibiendo el apoyo de cualquier clase a las actividades revolucionarias de los cubanos. Si estas proclamas hubieran sido nominales, es decir, por cumplir un compromiso en las relaciones internacionales, nada habría que objetar. Pero es que, de hecho, las autoridades norteamericanas hicieron todo lo que estuvo en sus manos por abortar cualquier clase de movimientos de apoyo a la independencia cubana en el Siglo XIX, excepto en los últimos días en que ya iban a la guerra prácticamente.

DR. MAÑACH: Mientras el micrófono baja, Dr. Portuondo, yo quisiera hacerle una pregunta. ¿Cree usted que el imperialismo esté ya de capa caída en el mundo, o que simplemente esté sufriendo transformación?

DR. PORTUONDO: Yo juzgo que está sufriendo una transformación extraordinaria. Por eso se me ocurrió discurrir sobre un proceso que históricamente no ha terminado, pero que, sin embargo, parece que se puede ver el curso que sigue. Del imperialismo agresivo y militarista que el Siglo XIX nos dejó, hemos pasado a un imperialismo cooperador, a un imperialismo que es capaz de ser generoso en la cultura, en la salud, en casi todas o todas las actividades humanas, y en esta forma podría decirse que, a la larga, el imperialismo dejará de ser tal imperialismo para ser una verdadera asociación de pueblos.

DR. MAÑACH: En estos momentos, doctor, se estima que Inglaterra está en el caso de su vigor y de su prestigio imperial. Estamos presenciendo, después de la "cuasi" libertad de la India, la rebelión del Irán, la rebelión del Egipto, que en estos momentos llena las planas de los periódicos. Y en los Estados Unidos e Inglaterra aducen como argumento para resistir esos movimientos nacionalistas mediterráneos, el hecho de que otro imperialismo se dispone a ocupar el lugar que ellos dejan libre. ¿Qué opina usted de ese argumento?

DR. PORTUONDO: En eso son sinceros y están diciendo la verdad. Yo creo que si es malo, como todos los imperialismos, el imperialismo occidental, resulta mucho más peligroso, aunque sólo sea por lo desconocido, el imperialismo que viene del lado de Oriente. Me figuro que lo ideal sería llegar a una forma armónica de supervivencia, pero me temo que estemos en la proximidad, efectivamente, de una crisis como aquella que Lincoln anunciaba antes de la Guerra de Secesión, cuando decía que él no deseaba de ninguna manera la guerra, pero veía que las cosas se encaminaban a una solución en que dos formas de vida no podían permanecer dentro de un mismo territorio. Entonces se trataba de la América del Norte solamente, hoy parece que se trata del mundo en total.

DR. RAMOS: Me permite... Para contestar al Dr. Portuondo.

DR. MAÑACH: ¿Cómo no le voy a permitir, si usted se ha apoderado del micrófono...?

DR. RAMOS: El Dr. Portuondo y yo diferimos en dos puntos: primero, lo que indicó él sobre mi aserto de que los Estados Unidos fueron la cuna de la conspiración cubana que nos trajo la nacionalidad. Yo creo que de Narciso López a Calixto García la Historia dice eso. Positivamente, el Dr. Portuondo puede tener otra interpretación, y yo la respeto mucho. Pero aprovecho también para otra diferencia de opinión, sobre lo de "desconocido" del otro imperialismo. Me parece que ya después de la experiencia de algunos pueblos que están del lado de allá de la Cortina de Hierro, no tiene nada de desconocido, y abundando en lo preguntado por nuestro Director, Dr. Mañach, creo que podemos decir, pensando en el otro imperialismo, ¡Bendito sea el Imperialismo Americano!

UN OYENTE: Dr. Portuondo, cuando yo estudiaba Bachillerato en el Instituto de La Habana, tenía un Profesor que decía que la Colonización inglesa era inferior a la española, en el sentido de que el inglés no se asimilaba al nativo del país que iba a conquistar, y el español sí. La pregunta, basada sobre eso y lo que dijo el Dr. Mañach del nuevo imperialismo, yo quisiera que usted me dijera por qué España no fué capaz de mantener en el Siglo XIX, de la misma manera que lo mantuvo Inglaterra, esas colonias que ellos habían conquistado y colonizado.

DR. PORTUONDO: Yo creo que fundamentalmente se debió al régimen político establecido. Mientras Inglaterra fué dando salida a los deseos de libertad de los pueblos que constituían sus colonias, España, por el contrario, efectuó una regresión. El caso de Cuba es extraordinariamente peculiar. En el Siglo XIX hemos disfrutado menos libertades mientras más avanzaba el siglo. Si en los comienzos del siglo tuvimos gobernantes como Someruelos, que tenían detrás, a manera de eminencia gris, a un Arango y Parreño, cubano, que velando por los intereses de Cuba o por los intereses de la clase que él representaba en Cuba, aconsejaba medidas de gobierno en todos los casos favorables a la colonia; si después tuvimos, aún hasta Vives, una situación en que el partido cubano era escuchado y respetado, cuando se perdieron las colonias españolas del resto de América, España estableció en Cuba una verdadera factoría militar. La inició con la instalación de más de 30 mil soldados, que había alrededor del año 30 en Cuba. Trazó lo que se llamó entonces la Carretera Central, un camino, una trocha, a lo largo de la Isla, para defenderla en caso de ataque enemigo. Y esto me permite entrar de nuevo en contradicción con el Dr. Ramos. Las esperanzas que los cubanos tuvieron de que del Sur y Centroamérica les llegase ayuda para la independencia, en definitiva sólo redundaron en una vigilancia tan celosa del gobierno español respecto a Cuba, que la vida se fué haciendo materialmente intolerable. En esas circunstancias no hay pueblo, no hay sociedad, que pueda cruzarse de brazos y mantenerse fiel a la metrópoli de donde se produjo. En cuanto a lo del poblamiento que es cosa distinta de la colonización

en sus orígenes, sin duda alguna que no se puede discutir la superioridad del sistema español, que permitía el mestizaje, con respecto a la colonización inglesa en la América del Norte, que aislaba la población blanca inmigrante de los nativos, a los cuales rechazaba hacia el Oeste.

DR. GARCIA PONS: El Dr. Portuondo ha hecho una observación muy exacta y muy justa. Dice que en la medida que el Siglo avanzaba se mermaban las libertades en Cuba. Exactamente es así. José Martí, por ejemplo, fijaba ese mismo pensamiento en la siguiente forma: "Ya volverán los tiempos de Espada". ¿Qué quería decir Martí con eso? Los tiempos de Espada eran los tiempos en que la ilustración, a través de una obra inicialmente realizada por Don Luis de las Casas, continuada después por Someruelos, como acaba él de citar, y muy principalmente orientada por el propio Espada, habían permitido en una colonia de España incluso libertades que España no tenía.

DR. MAÑACH: ¿Se refiere al Obispo Espada?

DR. GARCIA PONS: Al Obispo Espada y Landa. Incluso pronunciamientos culturales de que España carecía, incluso manifestaciones artísticas desconocidas allá. Como dice el Dr. Portuondo, el siglo merma libertades en la medida en que España se asusta frente al desarrollo y crecimiento de la población de la Isla y al cuajo de sus ideales políticos. En la medida en que el siglo avanza, las libertades merman; en la medida en que el siglo se inicia y los gobernantes españoles capaces de realizar una obra que fuera más allá de la simple visión gubernativa, como son los que acabo de citar, representantes por ejemplo de la Iglesia, como el Obispo Espada, a quien ya los historiadores están reconociendo como el Padre de la Ilustración cubana, entonces se produce exactamente el mismo fenómeno que el Dr. Portuondo ha apuntado. Eso es una cosa que hay que decir en elogio de la colonización española.

SR. FRANCHI DE ALFARO: Dr. Portuondo: la Ley Sherman que usted mencionó y de la cual dijo en su conferencia que había sido creada para contrarrestar los trusts capitalistas, ¿cómo es posible que haya podido ser empleada luego para que los obreros no lograsen sus demandas y hasta se les encarcelase a uno de ellos, según dijo usted en su conferencia?

DR. PORTUONDO: Es un problema de palabras. La Ley Sherman hablaba de la prohibición de coaliciones que pudieran mermar en alguna manera el comercio y las relaciones entre los estados o con el extranjero. Se había hecho para combatir el trust de la Standard Oil, y parecía referirse a los monopolios para poner un precio elevado a las mercancías, o para impedir el transporte de ellas a través de los ferrocarriles de la época hacia otros lugares, todas las cosas que encarecían las mercancías y que eran base del negocio del trust. Pero como la expresión empleada en la Ley era simplemente "Coaliciones que puedan coartar el comercio, etc."..., el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, con ánimo muy patronal sin duda, entendió que la coalición de los obreros fomentando

una huelga y estorbando la marcha de los negocios prohibía el comercio entre los Estados y coartaba la libertad de negociación.

DR. MEDINA: Mi querido Profesor Portuondo, primero mi felicitación por su espléndida conferencia. Y ahora, en cuanto a esto de democracia, un poco subrayado, se ha hablado y se puso ejemplo de los Estados Unidos, particularmente de Inglaterra Como una cuestión de honor, de familia, para la América Latina o Indo-Ibero-Americana ¿cree usted, Profesor, que en estas repúblicas, republiquitas o republiquetas, ha existido alguna vez la democracia que la hay ahora mismo? Sobre todo pensando en esta cosa tan honrosa para nuestro espíritu hispano-americano como es la República Oriental del Uruguay donde sí creo que ha funcionado. Pero prescindiendo de esta república admirable y con el ejemplo tan cercano de la vecindad de Argentina con su Perón, Perú con su Odría, y no seguimos citando porque el Caribe está infectado. Conteste usted.

DR. PORTUONDO: Yo creo, Dr. Medina, que la democracia fué una forma quizás extemporánea cuando se inauguró en América. Tal parecía preverlo el propio Bolívar en su Carta de Jamaica de 1815. Pero de todos modos, creo que pese al caciquismo, que todavía, efectivamente, infecta (la expresión me parece correcta) a gran parte de la América, la democracia ha ganado algunos territorios, y creo que nuestro país es uno los territorios en donde va ganando.

DR. REYNOSO: Yo quisiera aprovechar y contestar una alusión del Dr. Medina. No sé qué les pasa a los cubanos de querer demostrar que son de los países menos libres que hay en la América. Indudablemente, el Uruguay es un país magníficamente organizado y de los de más perspectivas en el futuro; pero país libre como Cuba es muy difícil que lo haya. Y yo puedo decirlo, porque he sido exilado en el Uruguay y estoy ahora exilado aquí en Cuba

DR. MEDINA: Democracia no es sólo libertad.

DR. REYNOSO: Pero tiene usted la libertad para educarse, y es cuestión de educación para que usted sea libre, y Uruguay tiene educación y tiene democracia. Cuba tiene más libertad que Uruguay.

Avelino Cañal y Barrachina

Ambiente Espiritual del Siglo XX

ABORDAR cumplidamente el tema de la situación espiritual contemporánea en el breve tiempo de que disponemos resulta una tarea harto difícil. La complejidad intelectual de nuestro siglo, con sus grandes implicaciones filosóficas, exigirían un tratamiento más amplio que rebasa el marco estrecho de esta charla. Ello nos obliga, por tanto, a fijar la mirada en los puntos medulares de la cuestión, abandonando todo intento de consideración exhaustiva.

La magnitud del asunto se revela, por lo tanto, al pretender elucidarlo en su totalidad. Dos limitaciones nos salen inmediatamente al paso, condicionando la perspectiva:

a) el encontrarse uno mismo participando en el todo; y,

b) la imposibilidad de abarcar una totalidad espiritual que en sí misma está fragmentada por las diversas participaciones del ser humano en ella.

Nuestro tiempo se caracteriza, justamente, por esa angustia radical de no poder captar el propio sino. No es ya una novedad para nadie la afirmación de que vivimos en profunda crisis. Una desazón insuperable invade hoy sin remedio el espíritu. "No sabemos lo que nos pasa —y esto es precisamente lo que nos pasa— no saber lo que nos pasa",— había dicho paradójicamente Ortega y Gasset. Así caemos en la cuenta de esta situación tan singular. La sensación de hallarnos en ella informa la vida en nuestros días como una inquietud imponderable, en abierto contraste con la

certidumbre en que estábamos, como antes lo había estado el hombre en otras épocas. El mundo antiguo radicaba en su fe en el Cosmos. El Medioeval la tenía puesta en Dios. El nuestro en la diosa Razón. Una y otra han ido perdiendo vigencia oficial. Pero ninguna de las crisis pasadas alcanza la gravedad de la presente por la hondura que supone.

La profética visión de Nietzche, en el pasado siglo, anunció la tragedia que se avecinaba, llamada a cobrar intensidad en el presente hasta constituir el centro de gravedad de la época. Más tarde, bien entrada ya la centuria, las convulsiones desatadas por la primera guerra mundial hicieron perder al siglo la placidez que llevaba y el fenómeno adquirió proporciones alarmantes. A partir de ese momento, era ya una convicción generalizada que Europa veía languidecer sus formas vitales y América se abría promisoriamente a la inquietud histórica, mientras el mundo del Oriente —como observa Mallea— abandonaba su actitud espiritualista "para concurrir a un conflicto general de carácter díscolo y vindicativo".

Entretanto, pensadores como Spengler, Berdiaeff, Ortega y Gasset, Burkhardt y otros investigadores del problema, afanándose por darle cabal interpretación, lograron revelar sus términos filosóficos. Un resumen general de los aspectos más vitales lo perfila concretamente Medina Echavarría. "Sus manifestaciones externas —dice— apuntan siempre a una disolución de las normas y valores del mundo burgués. Económicamente, en su forma más ruidosa, se trata de la quiebra, o al menos, de las vacilaciones o transformaciones del capitalismo. Y sociológicamente se manifiesta con las consecuencias de la independización de la mujer y de la rebeldía juvenil, y, sobre todo, de la expansión del régimen de masas. Las transformaciones artísticas y literarias son paralelas. Políticamente, el fenómeno más externo es la quiebra del Estado de Derecho y el auge de la dictadura".

Por su norme trascendencia vital, este aspecto de la situación impresiona más que ninguno. El hombre de hoy se angustia, con razón, porque todo le parece hundirse y no ve con qué sustituirlo. Pero esta sensación no es enteramente nueva. En cierta medida, encontramos una similitud de caracteres con otros períodos catas-

tróficos de la historia. Karl Jaspers, rebuscando en el pasado remoto, encuentra un testimonio digno de ser referido. "No es ya lo nuevo —dice— la revolución de la sociedad como destrucción, cambio en la propiedad y desaristocratización. Hace más de cuatro mil años, en el antiguo Egipto, sucedió ya lo que en un papiro se nos describe así:

" Por todas partes hay merodeadores. . no se ara y todos "
" dicen: no sabemos lo que al país le pasa. . Hay inmun- "
" dicia por doquiera, nadie tiene blancos sus vestidos. . "
" la tierra da vueltas como el torno del alfarero. . Ya "
" no quedan hombres. . oro y lapislázuli ciñen el cuello "
" de las esclavas. . se ha apago la risa. . Grandes y pe- "
" queños dicen: que no me hubiesen dado la vida. . Se "
" unce a los ciudadanos a la piedra del molino. . las da- "
" mas son como las siervas. . Se arrebatan los residuos "
" del hocico de los cerdos. . tanta hambre hay. . Se abren "
" las intendencias y son robadas las listas a los escribas, "
" cuyas actas son destruídas. . Hay que añadir que el "
" país ha sido privado de la monarquía por unas pocas "
" gentes sin sentido. . El secreto de los reyes es revela- "
" do. . los funcionarios están dispersos por todo el país. . "
" no hay cargo que esté en su verdadero lugar. . son co- "
" mo un rebaño espantado y sin pastores. . ningún artis- "
" ta trabaja ya. . los más son los que asesinan a los "
" menos. . quien nada tenía posee hoy tesoros; el grande ."
" le halaga. . quien de su Dios nada sabía, le ofrece hoy "
" el sacrificio con el incienso de otro. . la insolencia se "
" ha apoderado de todas las gentes. . ¡Ay! que se aca- "
" baran los hombres y que no hubiese más fecundación, "
" ni más alumbramiento. Que se hiciera silencio en la "
" tierra de todo tumulto y que no hubiera más lucha. . "

Todo esto ocurría en el viejo y legendario Egipto respecto de su circunstancia. Para nosotros, sin embargo, se trata ahora de formas superiores de vida que parecían ser más permanentes. Las primeras manifestaciones del problema hicieron suponer que

confrontábamos la quiebra de una cultura o de una civilización. Tal era el criterio de Nietzsche. Pero con esta visión inicial no se llegaba todavía al fondo mismo del asunto. En último término, advirtióse luego que se trataba de la crisis de un tipo histórico de hombre, y, en consecuencia, de la filosofía forjada por él, que estaba en el subsuelo ideológico de la estructura vigente.

Las interpretaciones filosóficas coinciden generalmente en afirmar que el tipo de hombre moderno, de factura espiritual Renacentista, cuya ideología venía imperando en el mundo, se haya hoy en juego con toda su constelación de pensamiento. Algunas, más absolutas todavía, pretenden sostener que el problema involucra al tipo de hombre occidental, presunto conquistador del planeta y producto lejano de viejas y aun desconocidas formas de vida, cuyo estilo peculiar se fragua con la madurez espiritual de Grecia. Jaspers señala, por su parte, los tres principios capitales de todo el meridiano histórico:

1) La **racionalidad,** o sea, la capacidad para la reflexión abstracta de los grandes problemas del mundo que se inicia propiamente en Grecia, y cobra forma precisa desde el Renacimiento.

2) La **subjetividad** del hombre, del ser mismo, de su Yo, correspondiente a la racionalidad, que también asoma en Hélade, y que luego alcanza su momento culminante en la época moderna con la intuición cartesiana del "sujeto pensante", pasando por la honda introversión espiritual del Medioevo, que tanto sirviera para iluminar la complejidad de la conciencia.

3) La **aceptación** del mundo como una realidad factible y dominable por la racionalidad, esto es, comprensible por la razón, en contraste con la creencia oriental del no ser.

La combinación de estos principios libera al hombre de la dependencia intelectual la cultura occidental. A partir del Renacimiento, tras laboriosa sucesión de siglos, adquiere fisonomía operante y adopta con Descartes una orientación típicamente idealista y subjetivista que hace del hombre el centro del universo. Se

desarrolla entonces un tipo de civilización que logra insertarse en la historia imponiendo las formas de vida que hoy imperan todavía. Políticamente, desenvuelve el concepto central de individuo y formaliza la estructura jurídica del estado, postulando el idealismo de la libertad. En el mundo jurídico, sostendrá el concepto del hombre como sujeto de derechos y deberes, fundado en el **derecho** natural de la razón. En el orden económico-social, desarrollará el principio del individualismo con su corolario, la sociedad burguesa. En la Estética, menos afortunada, mantendrá el criterio subjetivo de la sensación. En el mundo de la Ciencia, donde logra sus mayores triunfos, afirmará la función primordial del hombre como sujeto de conocimiento frente al mundo de la realidad exterior, aportando la forma subjetiva **a priori** frente a la materia objetiva **a posteriori.**

Pero el mundo moderno era "el auge de la razón física". Había nacido con la preocupación fundamental de lo mensurable y lo cuantitativo. Fundido en el Renacimiento, al despuntar las ciencias físico-matemáticas, su destino estaba ligado desde entonces al propósito superior de racionalizar el universo. Era el suyo un modo de filosofar fundado en la primacía racional del hombre, pero manteniendo la realidad exterior como una incógnita aparte que debía ser explicada por él. Y se fué entregando gradualmente a la tarea de interpretar el mundo físico, de acuerdo con esa vocación de la época, descuidando el mundo cualitativo del espíritu en que asentaba su poder.

La filosofía racionalista, reforzada por el criticismo kantiano, promueve así las más grandes conquistas del hombre. Domina metódicamente el espacio, el tiempo físico y la materia fecunda, y a su conjuro se abarca científicamente el planeta. Alcanza luego su máxima expresión en la pasada centuria, que ve nacer la Técnica, en que habrá de culminar su obra. Todo se doblega entonces ante la majestad de la Ciencia, grávida de posibilidades que parecen infinitas. Pero esa carrera triunfal desemboca al cabo, bien que a pesar suyo, en una **desdivinización del mundo** tristemente luminosa, como dice Jaspers, que acaba por hacer tabla rasa en la experiencia humana, situando al hombre ante la nada de su propio espíritu.

En rigor, la modernidad planteaba ya de suyo una crisis constitutiva del hombre, y en su evolución había sufrido serios reveses por su ahistoricidad congénita. Por otra parte, como instrumento supremo del quehacer histórico, implicaba un conflicto inevitable entre conciencia y realidad, y no podía abordar con éxito el mundo del espíritu, como lo había hecho con el mundo de la naturaleza. Hegel, encaminado hacia un principio absoluto que lo comprendiera todo, intenta la superación de ese dualismo, y con ello, la salvación de la actitud espiritualista, por medio de una impresionante síntesis. Dilthey, a su vez, reclamaría la independencia del espíritu oponiendo la **Razón Histórica** a la **Razón Física.** Pero todo ello no pasaba de ser entonces una mera aspiración del pensamiento. En sus últimas etapas, el idealismo vuelve a la clásica posición kantiana y se coloca definitivamente al servicio de la Ciencia triunfante, sacrificándolo todo por salvar el predominio formal de una época en sí misma ya madura. Ya esa transacción final refleja hoy, precisamente, la más aguda forma de la crisis, que sólo una superación por vía de la propia ciencia podría justificar.

La crisis contemporánea, al parecer, entraña una nueva conciencia histórica. El hombre moderno ha desvitalizado el idealismo que lo sustentaba entrando en franca crisis como estilo, como forma típica de pensar y de vivir. Para Jaspers, ampliando la mirada, no es exclusivo del momento la amenaza de una transformación social, sino la sensación de ruptura frente a toda la historia anterior. Sufrimos hoy, según él, la tremenda paradoja de haber dado cima al instrumento necesario para la ansiada conquista del mundo, y hallarnos, sin embargo, espiritualmente en precario, alejados de la naturaleza y de Dios, y de la propia razón que nos iluminaba. Esta visión del problema postula un alcance de tal magnitud que anonada la existencia, y no parecería siquiera viable por la inversión tan radical que supone. Pero es general la creencia de que estamos en un momento liminar; la idea de encontrarnos en el tránsito doloroso hacia otra forma de vida todavía incierta; la sensación de que vivimos, como dice Ortega, "entre dos creencias, sin estar instalados en ninguna, por tanto, en sustancial crisis."

La presunción de que podamos estar en esa encrucijada crítica sobrecoge hoy el espíritu por la necesidad que tiene el hombre de

encontrarse encajado en una fe. Ahora bien, crisis no quiere decir inexorablemente una disolución total. Los cambios históricos no son tajantes y absolutos. En el paso de una época a otra se da siempre la característica especial de entrecruzarse lo nuevo con lo viejo, en histórica promiscuidad de ideas y creencias. Y la teoría sujeta a prueba, cuando es robusta, como observa Ortega, puede nutrirse de dudas, digerir su propio escepticismo, sentir seguridad en la tormenta y tener confianza en la desconfianza.

La revisión de los valores históricos es la consigna suprema del momento actual. Ciencia, Arte y Filosofía someten a dura prueba el pasado vigente, rico aún en sugerencias. El pensamiento contemporáneo, cabal reflejo de la angustia en que vivimos, abandona su austeridad de gabinete para venir en ayuda del hombre, y de su integración defintiva cabe esperar una promesa. La nueva filosofía, como la nueva ciencia, empeñadas en superar las grandes limitaciones del pasado, se esfuerzan por abrir nuevas perpectivas promisoras. Y superar —como ha dicho Recaséns— "es heredar, corregir y añadir: porque toda superación entraña una conservación de lo anterior, al tiempo que una negación de sus limitaciones". Esa continua transformación del espíritu es la tragedia propia de la vida humana. Cada época representa un nuevo esfuerzo, una tentativa más de acercarse a la verdad, y actúa como el presupuesto evolutivo de la que pueda seguirle en una sucesión acaso interminable.

Emplazada la cuestión en el plano de un posible devenir, podría contemplarse a nuestro siglo en función del método dialéctico hegeliano. Según esto, nos hallaríamos en una etapa antitética, como resultado de la tesis fundamental moderna, y, por tanto, en el tránsito hacia una nueva síntesis histórica destinada a superar ambos extremos, recogiendo lo mejor y más valioso de los dictados contrapuestos, tal como le corresponde. Pero habría que ver, en todo caso, si realmente nos encontramos ante el conflicto normal entre una tesis y su antítesis, o bien si, como también cabe pensar, no estuviésemos ya de algún modo en la antesala indefinible de una supuesta síntesis, dado el ritmo acelerado del proceso histórico.

No creemos, sin embargo, que esté al alcance de la perspectiva actual, como ya advertimos al principio, la posibilidad de abarcar

íntegramente la compleja problemática del siglo, ni mucho menos la de esbozar un pronóstico serio sobre su destino. Pero sí podemos, desde luego, entrever las directrices medulares que brotan en su seno capaces de reflejar la sensibilidad del momento, que para nosotros serían, entre otras, las siguientes:

1) La creciente convicción de la relatividad del ser y la historicidad del existir, y el auge del intuicionismo creador.

2) El desarrollo insospechado de la Biología, de la Física nuclear y de la Técnica, unido al poder revelado por ésta para el tránsito entre teoría y práctica, con las posibilidades inherentes de operar una transformación en las condiciones de existencia o de promover su desintegración.

3) La nueva orientación sociológica del pensamiento.

4) El desplazamiento filosófico de la noción de "sujeto" a la noción de "existencia".

5) El reconocimiento del mundo intemporal de los valores.

6) La tendencia a las reivindicaciones históricas, en especial, de las áreas vitales inferiores, en pugna por entrar en el ritmo civilizador.

7) Una revisión de los postulados humanistas que tiende a incorporar la dimensión "existencial" del hombre, con todas las prerrogativas inherentes a la condición humana, sobre la base de una justicia funcional.

8) La tendencia a la integración de la economía en el orden político-social.

9) Los preanuncios imaginarios de la creación estética en busca de nuevas formas de expresión.

10) Un cambio en la estimativa histórica a favor de la justicia social, encaminado a planificar la convivencia humana.

11) La tendencia al universalismo en los problemas colectivos.

Considerando, finalmente, los peligros imponderables que acechan nuestra época, se ha llegado a pensar que su desenlace pudiera provocar el cese defintivo de la vida humana en el planeta, que comprende unos 6,000 años de experiencia conocida —breve lapso comparado con la historia de la Tierra— sellándose trágicamente el paso del hombre por el mundo. Por otra parte, al contemplarse la posibilidad, que también parece contener la nueva ciencia, de superar radicalmente todo el pasado histórico, se estima que la presente centuria podría significar, por el contrario, la culminación del primer ciclo telúrico del hombre, y constituir, en consecuencia, un peldaño milenario en la ruta progresiva hacia planos distintos del devenir humano.

Hasta qué punto sea todo ello posible para el mundo actual es algo que no podría ventilarse ahora tampoco, pero constituye un prospecto al parecer legítimo y, desde luego, propio también del momento. Tales perspectivas de conjunto, por su envergadura cósmica, trascienden los límites de la opinión científica para entrar en el campo aventurado del pronóstico.

Pensando con más optimismo se ha considerado a nuestro tiempo como "una anarquía en marcha hacia un orden". Esta presunción nos parece, hasta ahora, la más equilibrada de todas. Pero hay una cosa que precisa tener muy presente: la obligación en que está el hombre actual de tomar plena conciencia de su responsabilidad, haciendo un acto de contricción ante la Historia, a fin de no inmolar su propio destino ni ver frustrada por su causa la posibilidad de un mundo mejor.

DISCUSION:

DR. MAÑACH: ¿Quién de ustedes tiene algo que preguntar acerca de esta conferencia interesantísima del Dr. Cañal?

SR. JUAN JESUS CISNEROS: Doctor, desearía que usted me dijera si en esa crisis que usted ha señalado tan bien no interviene, como uno de los principales factores, la Teoría del año 1903, la Teoría Atómica de Dalton. ¿No puede considerarse esa teoría como causante directa de este estado de inquietud que tenemos actualmente, por el desarrollo alcanzado por los procedimientos científicos a que se ha llegado con la bomba atómica?

DR. CAÑAL: Indudablemente, como antecedente del desarrollo actual de la ciencia, la Teoría de Dalton puede haber influído muchísimo. Desde luego, el enfoque del tema es espiritualista; con esto no quiero decir partidismo de ningún tipo en la cultura ni en ningún otro medio, sino sencillamente, que es el enfoque espiritual de una crisis, dentro de la cual cabe como concausa o como factor actuante ese aspecto que usted está señalando y que yo he recogido al final como un síntoma de la época.

SR. JUAN BLAZQUEZ: Doctor, usted no cree que la pintura moderna refleja la crisis que vivimos, en el sentido de que tal vez el pintor haya trasladado al lienzo ese momento interno que él está viviendo?

DR. CAÑAL: Justamente, y me complace mucho que usted haya hecho esa pregunta. Yo leí una vez en Ortega y Gasset algo que me impresionó mucho a ese respecto, y es que la función del arte en la historia es muy importante; es más, cabe pensar, y creo que esto era lo que quería significar Ortega y Gasset, que en la manifestación artística se podía reflejar el sentido de la historia a través del criterio formal del estilo. Así lo he dicho al final de esta conferencia. Los pre-anuncios de la creación estética, o mejor dicho, sus anticipos imaginarios entrañan una voluntad de forma, una manera de ver objetivamente por medio del sentido apolíneo que implica el arte, formas de pensar que acaso tengan relación con el futuro. De suerte que seguir de cerca la evolución del arte, por muy abstruso o muy indefinible que hoy parezca, es siempre una manera de seguir la sensibilidad epocal y acaso hasta de entrever un anticipo de su sentido histórico, en este orden cuando menos.

DR. BEGUEZ CESAR: De acuerdo con sus conclusiones, Dr. Cañal, ¿la crisis que usted plantea es en el sentido de una transformación hacia una nueva perspectiva, hacia una nueva valoración?

DR. CAÑAL: Bueno, indudablemente yo he recogido aquí el criterio, la sensación espiritual que tiene la época, de un cambio, de una transformación. Desde luego, esa es la afirmación más medular en cuanto a este problema de la crisis espiritual del Siglo XX; la más medular porque es la que recoge mejor el sentido de crisis, es decir, demuestra o sostiene, en efecto, que estamos en un tránsito epocal.

SR. VAZQUEZ MENDEZ: Doctor, ¿cree usted que uno de los problemas de vida y de pensamiento de este siglo es el de que muchos hombres, por la exageración de los valores de la razón, los valores intelectuales, se han fijado metas y propósitos de vida sobre una base falsa y tal vez demasiado lejana y se han desorientado en el camino?; ¿no será necesario llevar al hombre a fijarse razones y propositos de vivir más cercanos y más creadores?

DR. CAÑAL: Bueno, ese es un síntoma de la crisis. Porque en efecto, esa desvitalización del pensamiento, ese abandono del objetivo espiritual que tenía la filosofía racionalista para desembocar en una filosofía científica como se hizo desde el movimiento neo-kantiano con la sumisión de

éste a la ciencia, ha traído precisamente la desvitalización del pensamiento mismo y del tipo de ideal histórico que postulaba el hombre moderno con la supremacía del espíritu.

DR. MAÑACH: ¿Contesta eso su pregunta? ¿Usted siente que eso ha contestado su pregunta?

SR. VAZQUEZ MENDEZ: Realmente, tal vez mi pregunta es vaga y no ha sido fácil captarla. La respuesta no me satisface plenamente, pero no sé si habría una respuesta mejor para mi pregunta. Yo me refiero a que me parece que el hombre, especialmente en la juventud, se siente desorientado porque no tiene propósitos cercanos, se los fija demasiado lejos, basándose en exageraciones de los valores intelectuales y de la cultura, abandona propósitos creadores del momento, necesarios a la vida y al desarrollo de los países.

DR. CAÑAL: Es claro que hay una alteridad, como así se llama creo, es decir, un abandono, un extravío, producido por la misma situación de crisis. Indudablemente, la juventud actual no encuentra un asidero propio y se siente un poco en el aire, que es lo que usted ha querido significar. Una excesiva desorientarión de los valores intelectuales o de los valores culturales, pero esa es una manifestación ya de la crisis. Ahora bien. Jaspers dice una cosa que tal vez no resuelva la preocupación concreta, pero sí puede iluminar un poco su preocupación mental. Jaspers dice que el futuro o la posibilidad de una orientación hoy en día, depende más de que uno se encaje a sí mismo en su quehacer, es decir, de que el hombre se circunscriba a la tarea que tiene ante sí; en otras palabras, que la superación de esta crisis no hay que buscarla precisamente en la entrega absoluta a lo colectivo, sino en el plano de lo individual; es decir, que el hombre mismo cumpla su misión, realice su función, ponga su vida al servicio de un propósito, pero encuadrado en la órbita individual, es decir, que cada cual viva su propia vida.

DR. MAÑACH: Para una pregunta, y tal vez una observación, de la Dra. Zambrano.

DRA. ZAMBRANO: Más que nada he pedido la palabra para felicitarle por su conferencia y además quería hacerle esta observación o pregunta, o las dos cosas. No es un signo de la crisis, sólo el que no haya metas, porque la verdad es que la crisis es sumamente ambigua, y si nos fijamos, encontramos que por el contrario, gran parte de la juventud está desbordada hacia metas inmediatas, que ni merecen ser llamadas siquiera metas, puesto que están al alcance de la mano. Hay un entusiasmo y un desbordamiento frenético hacia la conquista de esas metas inmediatas. Tanto si se observa ese aspecto como el otro, de que el hombre se haya quedado sin meta, es decir, sin finalidad, lo que hay es una crisis de la vocación y ésta la crisis de la vocación, es quizás uno de los signos más reveladores de la crisis.

DR. CAÑAL: Probablemente tiene usted toda la razón. Yo creo que hay un abandono de la vocación, hay una alteración de la vocación misma y esto, pues, trae esa situación que usted luminosamente ha descrito, una situación de entrega a una meta que acaso no sea la debida, con abandono de la que correspondiera realizar.

SR. REYNOSO: Era casi sobre lo mismo, sobre la falta de vocación de la juventud, la pregunta que yo iba a hacer; pero la Dra. María Zambrano, con mejor exposición y dicción que la mía se anticipó. Hay un problema inmediato, sin embargo, se ha hablado de crisis y de la economía dominando todo lo espiritual y filosófico. Cuando se usa la cuestión económica desde el punto demagógico de facilidades económicas para la mayoría, sin tener siquiera los principios básicos de espiritualismo y los principios del por qué y lo mejor de la democracia, ¿no cree que es eso lo esencial de la crisis?

DR. CAÑAL: Bueno, ese es un aspecto importante, aunque no creo que sea el más esencial. Yo lo he recogido como un signo de la época. Indudablemente se registra el anhelo de reintegrar la economía, en cierto modo, dentro del orden político social. Desde luego, ese es un ángulo muy fundamental del problema, pero sólo un aspecto de él.

SR. SUSINI DE ARMAS: Dr. Cañal, ¿no cree usted que el misticismo, no de las almas superiores, pero sí de los que más tienen un temor a lo ultra-terreno, misticismo que ha crecido mucho, según algunos autores, en el siglo XIX, ha influído mucho en la situación actual, en esta situación desesperada en que está el mundo?

DR. CAÑAL: Eso hace relación a la tesis de la desdivinización del mundo a que se refiere Jaspers, es decir, a la pérdida de fe en una serie de valores inmanentes que en otras épocas estaban adscritos a la Naturaleza, o a los Dioses, como en el mundo antiguo, y que con el advenimiento del cristianismo impostó esa creencia en Dios, probablemente practicado en la desesperación. Ahora sobre eso de la desesperación habría que distinguir muy bien entre la desesperación del cristiano, la agonía cristiana, y la agonía del hombre ajeno a la fe cristiana; pero indudablemente es un factor, o mejor dicho, es un elemento de la consideración total que estamos haciendo.

DR. MAÑACH: Definitivamente la última pregunta.

DR. BERENGUER: Doctor le felicito por su medular y exquisita conferencia, pero tengo algunos reparos que quisiera que usted me aclarara. Usted usa el término "espiritual", y entiendo yo debe usarse el término "anímico" porque lo espiritual es lo abstracto y perfecto, y no hay objetivo espiritual según entiendo, porque es un estado latente, en el cual uno está inmanente y permanentemente, y sólo tiene que estar consciente de ello.

DR. CAÑAL: Bueno el tema tiene como título heredado uno que dice: "Ambiente espiritual del Siglo XX". En un sentido de alta cultura o en un sentido muy lato, comprende toda manifestación del espíritu humano, tomándolo en el sentido cultural que usamos corrientemente. En esa distinción que usted hace, muy interesante, entre lo espiritual y lo anímico, que hace relación también a una cuestión de conciencia, pudiera influír mucho también la cuestión de la irrupción de la fe cristiana y la introversión espiritual del Medioevo, es decir, la auto-introspecrión espiritual que implicó el cristianismo para el mundo occidental.

DR. MAÑACH: Bien con esto podemos ya dar por terminadas las preguntas.

María Zambrano

El Nacimiento de la Conciencia Histórica

NO todo en nuestro siglo ha de ser decadencia o agonía, es decir: el aspecto negativo de la crisis. Existe igualmente el aspecto positivo, creador de la crisis. Pues no es lo mismo decadencia que crisis. Crisis es cambio, tránsito, en lo cual hay algo que se extingue y algo que nace. Y bien entre lo que nace o quizá lo más decisivo de lo que nace es lo que se ha llamado "conciencia histórica". Quizás también lo más prometedor de este siglo XX.

Nuestro siglo es el veinte; eso parece cierto, pero no cuando en realidad ha comenzado. La fecha oficial es 1900 ó 1901. Mas, el siglo XIX acaba el día de la declaración de la primera Guerra Mundial. Los cuatro años de guerra son una especie de país de nadie de interregno. La vida social, política y económica, ha quedado en suspenso, mientras las armas dirimían la contienda. Cuando "estalló la paz" ya había estallado la Revolución Rusa ya habían transcurrido esos diez días que conmovieron al mundo... Y la paz trajo la desmembración de los Imperios Germánico y Austro-húngaro; la distinta configuración de los Balkanes, la mayoría de edad de los Estados Unidos de América; la iniciación de la decadencia del Imperio Británico... cambios de régimen y hasta de fronteras en una Europa que parecía tradicional, y lo que es más grave: un nuevo planteamiento en las luchas políticas; el elemento social y económico tomaría la primacía. El triunfo de la revolución proletaria desencadenó la reacción fascista y nazi;

las masas han tomado posesión de la superficie de la historia, ellas la ocupan todavía. ¿Será ésta la faz con que el siglo XX irá a pasar a la Historia?

El siglo veinte, nuestro siglo, nació de una Guerra, de una Revolución y de unas sub-revoluciones; vino un período de tregua; después otra Gran Guerra con sus consiguientes cambios de regímenes y de fronteras; vivimos ahora una tregua peculiar llamada Guerra fría... es lo que sabemos. Mas, ¿cómo se vive todo esto? Un momento histórico, que tal cosa quiere decir un siglo: una unidad histórica parece consistir en una serie de acontecimientos ligados entre sí. Pero con ello no se ha dicho sino lo menos importante para el destino del hombre. No se ha señalado sino la materia de la historia verdadera. La historia verdadera de una cultura o de una persona no es solamente lo que le pasa, el relato fiel de los sucesos, sino algo más: cómo se viven esos sucesos, desde qué situación; cuál es la conciencia que los recoge y aún más: cuál es la esperanza que los atraviesa. Sin eso no hay verdad historia humana, sino tan sólo un amasijo de hechos.

Y bien; el hombre siempre ha tenido que enterarse de algún modo de lo que le pasa, que en eso se diferencia del animal que sólo lo sufre. El hombre además, de sufrir o gozar, ha de enterarse por someramente que sea, de lo que le hace sufrir y gozar; es lo propiamente humano.

Encontramos manifiesta o insinuada, escondida a veces, en cada manifestación de la época que vivimos, eso que se llama la "conciencia histórica".

¿Qué quiere decir, pues, conciencia histórica?

Conciencia es atención. Conciencia, la conciencia de que habla la Filosofía, no es sino un grado extremo de la atención; la perfecta atención. Nada más. La atención tiene una intensidad, y una dirección, un objeto al que se dirige. Cuando estas dos cualidades de la atención: intensidad y dirección, llegan a su grado máximo, tenemos la conciencia en su funcionamiento, a una conciencia de algo, que por tanto, ha de llevar un apellido. Conciencia histórica será pues, un mantener la atención constante, intensamente en los acontecimientos históricos.

Pero, la atención no se agota en un objeto, por intenso que sea su mirar. Otros objetos también la ocupan. Conciencia es establecer diferencias, o dicho en término castizo: discernimiento. Si la atención estuviese volcada íntegramente sobre un objeto, acabaría estando absorbida por él, acabaría no siendo ya conciencia, sino su contrario: que llamamos pasmo, embobamiento. Y aún éxtasis: el que solo ve una cosa deja de ver aún esa cosa. La conciencia humana, lo más humano de todo, no puede ser absoluta; todo lo humano se sostiene en la relatividad.

Pero, aun hemos de observar lo siguiente: la conciencia es de alguien, brota de un interior —ese interior del hombre donde se dijo que habita la verdad—. Y eso hace que sea medida, cánon, exigencia. Tener conciencia es exigir y si el hombre se viera despojado de esa su íntima, constante exigencia dejaría de ser animal consciente y sólo tendría un sentir; mudo, sumiso, esclavo.

Tal parece ser la conciencia, sea de lo que sea, vaya a lo que vaya dirigida. Es atención concentrada en algo, pero que no deja de percibir los otros algos que lo rodean; el mundo jamás estará compuesto de una sola cosa; dejaría de ser mundo. Y es conciencia de alguien que pide y reclama, en primer término claridad; saber a qué atenerse, después, algo más, todo lo que se formula en el juicio. Conciencia es percepción primero; juicio después.

La conciencia histórica no puede ser una excepción a lo que hemos encontrado que es la conciencia en general. Quiere esto decir —y perdóneseme la insistencia, mas la Filosofía procede siempre así desde su origen— que el hombre vive los que le pasa, lo que le rodea, desde una exigencia; desde algo que no coincide con ello. Por eso atiende, porque no se fía, y en esto es igual que el animal: no se fía del contorno, y atiende, vigila. Y porque además exige, llega a tener conciencia... si estuviese en todo conforme con lo que le pasa, ¿se daría cuenta siquiera de que le pasa?, se esforzaría en encontrarle un nombre y aún más, se tomaría ese horrible trabajo de explicárselo y aún justificarlo? Sería imposible.

Vayamos pues a la conciencia histórica. Tenemos que explicar: 1º, en qué consiste esta conciencia histórica a diferencia de las otras formas de conciencia habidas anteriormente. 2º, esa afirma-

ción hasta ahora gratuita —sin pruebas— de que nació en este siglo. Y aún más, tendremos que insinuar al menos, por qué hemos afirmado que es lado más positivo, más alentador de la crisis que atravesamos. La claridad de esta atormentada época...

1º En qué consiste la conciencia histórica.

Según lo dicho se trata de una atención intensa hacia los acontecimientos históricos, hacia la Historia entera. Y ellos nos obliga —ya ven Uds. a lo que obliga el ponerse a pensar buenamente en algo— a ver que sea lo histórico. Histórico es lo contrario de privado, de íntimo. Es lo que afecta al destino de una civilización, de país, de una comunidad humana, en suma, algo que trasciende sin vida. Es la pasión y la acción de lo que universalmente interesa. Lo histórico es lo que nos envuelve y nos condiciona. Como si el ser humano estuviese envuelto, como la masa encefálica, en dos membranas: la Naturaleza y la Historia. La naturaleza ningún hombre la ha hecho, estaba desde siempre ahí. La historia... ahí viene el problema, que es congoja mortal ¿quién la hace? Algunos podrían decir "Yo". Los grandes personajes lo deben de haber sentido así en algún momento de su vida, cuando decidían algo. Ahora, la masa anónima pretende y hasta cree que puede decirlo, que ella hace la historia. Mas siempre quedará un inmenso grupo de hombres que no hacen la historia o no se sienten hacerla. Y aún los mismos que la hacen han de saber que la hacen en un momento, mas, que se la encontraron ahí ya, no hecho, sino más peligrosamente: en marcha. La historia es un vehículo que no se detiene ni un instante. La cogemos en marcha si es que no nos atropella.

Es un quehacer humano, es la humana creación; pues todo es historia y forma parte de ella; el arte, el pensamiento y hasta la indiferencia y el mutismo. Todo creacción y destrucción forma parte de la historia. El hombre la hace, pero ningún hombre, ni grupo de hombres la hace enteramente. "¿Quién mató al Comendador? Fuenteovejuna, Señor"; se dice en la obra de Lope de Vega y así si en algún instante alguien preguntase: ¿Quién hizo la Historia, todo eso que ha pasado en el planeta Tierra? La primera respuesta sería: El hombre. Ecce Homo. Y un instante

después, un clamor se alzaría diciendo: ¡Nosotros, sólo la padecimos!

¿No es pues una tragedia? Tragedia —no quiere decir catástrofe —sino conflicto. Y así ha de ser forzosamente para el más humano de los quehaceres: un conflicto. Conflicto, tragedia para el que hace la historia sabiendo que los demás, los que no la hacen, han de sufrirla... o gozarla. Tragedia para quienes no haciéndola por no estar en situación adecuada o por carecer de entusiasmo para ello, han de soportarla.

Pues frente a la historia, —quehacer inexorable— podemos sorprender dos actitudes: el entusiasmo que se vierte ciegamente a veces en hacerla; la de desgana que puede llegar hasta el "no serviam". Pues el hombre puede —aunque no lo realice, decir que no a su quehacer. Como puede decir que no a su propia vida, puede suicidarse... Históricamente un hombre o un grupo de hombres, un país puede decir que no quiere hacer la historia... lo cual, resultará ser un modo de hacerla. Pero en fin, ha podido decir que No. Por ello es conflicto. Puede ser aceptada como una gloria, puede ser rechazada como un castigo, como el trabajo, trabajo al fin y el más duro.

Conciencia histórica es la atención vigilante de todo esto. De la responsabilidad que lleva consigo el hacer historia, para los que la hacen; de la dependencia en que están los que la sufren... Es conciencia del que hace conciencia del autor. Y no encontramos que es así hoy. En la calle, en el cine, en el más modesto de los comentarios no vemos repetidamente: esto me pasa, o esto pasa porque vivimos en esta época, porque tal o tal acontecimiento histórico ha tenido lugar o va a tener lugar...

Es saber en suma que la vida, nuestra vida, aun en su estrato más íntimo, está condicionada por la historia que hacemos.

Lo histórico pasa, pero queda. En dos sentidos: porque dependemos de lo que ha pasado. El momento que ahora vivo, me dice la conciencia histórica depende del que antes viví y ese, de lo que había antes de que yo lo viviera. La historia que me ha tocado vivir y soportar es sólo un fragmento, de otra Historia más amplia. Nos pasa ahora esto y aún en el mejor de los casos, puedo elegir entre esto y aquello, porque antes pasó aquello otro,

según Ortega y Gasset ha enunciado con ejemplar claridad en su "Historia como Sistema".

Y si el elegir de que se ofrece entre circunstancias determinadas —ya éstas no se aparecen como confusa arbitrariedad, como azar o como fatal determinación, sino como una estructura, un sistema en suma. El descubrimiento esencial de la conciencia histórica es que la Historia es sistema, unidad no presente, y distinta de cómo hasta ahora se ha concebido la unidad. De que la Historia es Razón Viviente. Y este descubrimiento es de un filósofo español; Ortega y Gasset, que era un muchacho en el comienzo oficial del siglo XX y que había ya formulado su intuición original, cuando el siglo asomó su verdadero rostro. Razón viviente quiere decir que la Razón no está más allá del tiempo y que el fluir inexorable del tiempo, las cosas que pasan, nunca están desprovistas de razón. Y que esta razón no es la pura, objetiva de donde nacieran las Matemáticas y la Física, sino la Razón que se corrige a sí misma, la madura razón que se vuelve sobre sí, la razón sometida a la experiencia.

Conciencia histórica será vivir y verse, vernos vivir, será esa experiencia que había sido formulada como fundamento último del conocimiento de las cosas de la naturaleza, pero que andaba suelta y como al margen de la razón en lo que hace a las cosas que da la vida. Será elevar a conocimiento, la queja que denuncia el destino. Su objetivo final, preferimos decir su esperanza, será transformar el destino en libertad.

¿Y es que nunca había existido una tal especie de conciencia? Acaso el hombre no ha sabido de la historia, no la ha contado, además de hacerla. Leyenda, Gesta, Poema, pretendida Ciencia positiva todo eso ha existido, entonces, lo original de la conciencia histórica?

Todo ese modo de contar la historia concebía los acontecimientos como algo que pasaba, que transcurría sobre el ser humano que era siempre substancialmente el mismo. Si recorremos de una mirada lo que sabemos de la Historia humana, podemos distinguir tres etapas:

1º El hombre vive sometido a lo divino depende de ello, fueran cuales fueran sus Dioses. El hombre vive lo que le pasa desde la crencia en sus Dioses.

2º El hombre se descubre a sí mismo y a las cosas: Se cree real, se sabe distinto. Comienza a arrojar la medida humana sobre el mundo. Es entonces, en Grecia, cuando se comienza a sentir la Historia como tal.

3º El hombre se descubre a sí mismo como conciencia, y reduce la realidad, las cosas y los aconteceres a conciencia. Esto lo hace Descartes y constituye el modo de vivir del mundo Moderno occidental.

Y es ahora dentro de esta última etapa cuando aparece la conciencia Histórica. Lo cual significa en esquema lo siguiente.

La Etapa de los humanos —segunda y tercera en conjunto— tiene como creencia la unidad del hombre. La fórmula más precisa es la idea de "naturaleza humana". El hombre es el mismo; lo que le pasa y lo que hace, no altera su mismidad. Su ser sostiene su acontecer.

La conciencia histórica incluye la historia, dentro del ser humano. Con lo cual el hombre no es ya "naturaleza humana", sino ser "in vía", en marcha. Algo que se está haciendo y no por otro, algo que se hace a sí mismo precisamente en la Historia.

El hombre no es el ser inmóvil sobre el cual transcurren las cosas que le pasan, sino que es lo que le pasa; su ser es su historia. Consiste en eso precisamente.

Y la razón habrá de buscarse en ese pasar. La primera y grandiosa formación de esta creencia la dió Hegel. Recuérdese: "Todo lo racional es real y todo lo real es racional". Y también: "Toda la historia es sagrada". Mas, Hegel situaba la historia en el ser, pero no propiamente en el humano, sino en el divino; la historia es despliegue, manifestación del Espíritu objetivo, es decir: de Dios. El hombre es el agente o el actor, quizá su máscara. De ahí, la descalificación del individuo.

Dilthey, filósofo alemán que murió en el año 11 de este siglo, es decir en su dintel, inició un camino más modesto; partió del hombre mismo, la Cultura es su obra. Y trató de penetrar en

ella, fundando las Ciencias del Espíritu, primer monumento de la conciencia histórica. Se trata de que el hombre que ha fabricado la cultura —y toda cultura es histórica— que ha edificado el Mundo Histórico, lo conozca, lo penetre, lo haga transparente.

Ortega y Gasset, ha llevado la formulación de la conciencia histórica y de sus postulados a un extremo de claridad que hacen inteligible al mismo Dilthey. Implica la conciencia histórica de Ortega:

Una crítica que la Razón se hace a sí misma; de su inmovilidad. Y del reflejo de su inmovilidad que es la idea de substancia.

Una crítica de la idea de naturaleza humana.

Y lo que es más importante quizá que todo, una crítica del mismo quehacer histórico. Pues si la historia se mira desde la conciencia se podrá hacer un día desde la conciencia, es decir que la espontaneidad de la historia, su violencia, será corregida. Usando una frase del precursor Heráclito: que la Historia habrá entrado en razón.

DISCUSION:

DR. MAÑACH: ¿Preguntas del público?

SR. FRANCHI: Aunque realmente no se aviene a la conferencia la pregunta mía, yo quisiera que usted me la contestase; pensaba hacérsela al Dr. Cañal, pero no tuve tiempo y me quedé con mi pregunta.

DRA. ZAMBRANO: Hágasela ahora.

SR. FRANCHI: Es que me parece que es una descortesía, doctora.

DRA. ZAMBRANO: No.

SR. FRANCHI: Yo le rogaría, doctora, que usted me dijese a qué se debe precisamente que, por ejemplo la literatura la pintura y las artes en general procedan en la actualidad de un modo interno; es decir que el escritor no expresa lo que ve en el exterior sino lo que tiene dentro de sí. Se pretende explicar por la situación de crisis de nuestro siglo; pero pienso que ha habido, en siglos anteriores, situaciones análogas, y no se ha producido esa expresión solamente interna, emocional, del escritor y del artista.

DRA. ZAMBRANO: En efecto, es una pregunta dirigida y en conexión con la conferencia del Dr. Cañal. Insisto, yo le dejo la palabra a él gustosamente para que la conteste.

DR. CAÑAL: Muy amable, doctora. En la creación estética, desde luego, entra la subjetividad; eso es una verdad. La estética clásica por

ejemplo, no pudo superar ese problema que usted está apuntando, no pudo trascender de lo íntimo de la expresión esa interna a que usted se refiere, de la expresión de la subjetividad, y mantuvo el criterio estético sobre la base de la sensación que es esto de lo que usted está hablando, la sensación individual. Desde luego, hoy en día tenemos en la estética un movimiento que se llama la estética de los valores, que intenta referir la obra del artista a un criterio de valor que pertenece al reino de lo intemporal, y que la obra que él realiza la pone en relación con el cumplimiento de ese valor. Hay una tendencia a salir así de la pura subjetividad en el arte, pero indiscutiblemente yo no creo que en eso podrá jamás salirse por completo del factor humano, porque esa es la obra genial y creadora del hombre, que es el autor de la Historia, como decía la Dra. Zambrano justamente.

DR. MAÑACH: ¿Otra pregunta? A la Dra. Zambrano ahora no al Dr. Cañal.

SR. FAUSTINO PEREZ: Dra. Zambrano, en eso de hacer historia, ¿a quién cree usted más importante: al líder o héroe o al pueblo? Poniendo un ejemplo: ¿A quién cree usted más importante en nuestra historia: a Martí o al pueblo?

DRA. ZAMBRANO: Confieso que yo no acabo de distinguir, y en el ejemplo que usted me pone, Martí y el pueblo; yo no puedo distinguir, es decir distinguir sí, lo que no puedo es contraponer, porque Martí salió del pueblo cubano y si lo representa es porque pertenece a él de un modo extraordinario.

SR. FAUSTINO PEREZ: Lo que yo quería saber era si el líder lo que hacía era interpretar algo que latía ya en el pueblo, o hacía que ese pueblo despertase.

DRA. ZAMBRANO: Las dos cosas no son contrarias y puede haber momentos diferentes; porque la Historia es muy compleja y muy rica, a Dios gracias, y también desgraciadamente. Es decir, puede haber un líder que se adelante, que despierte; puede haber otro, en cambio, que sea el intérprete de algo que está confuso y que él configura en claridad.

SR. JUAN BLAZQUEZ: Doctora usted no cree que el hombre, de acuerdo con lo que usted dice en su conferencia, debe tratar de vivir más la parte de historia que le corresponde. Yo he leído que, en tiempos de guerra decía: "Como es posible que me maten, voy a aprovechar ahora lo que me queda de vida. Y entonces no vivía su parte de historia sino que además vivía la historia de otra persona...

DRA ZAMBRANO: Bueno siempre hay un factor de enajenación en la vida humana, es decir, de vivir lo de otro y no lo de uno mismo. Creo que la cuestión es que la conciencia histórica nos muestra que, queramos o no, hacemos historia, aunque sea callándonos, aunque sea diciendo que no. Decir que no es una manera de hacerla también, y una vez sabido esto, hay que aceptarlo para tomar la responsabilidad que nos pertenece.

DR. CAÑAL: Dra. Zambrano, para felicitarla por su brillante disertación y al mismo tiempo para hacerle una pregunta, y es la siguiente: ¿No cree usted que al esbozar, como lo ha hecho usted tan acertadamente, el criterio de la conciencia histórica, con dos aspectos: uno negativo, es decir, con vistas al sentimiento de crisis que indudablemente está en el siglo, y el otro, con vista a una conciencia positiva que es captación, investigación, atención, hacia lo que pudiera surgir del Siglo. De manera que no cree usted que la existencia o el reconocimiento ya de una conciencia de crisis puede implicar ya en sí misma una manera de salir de ella?

DRA. ZAMBRANO: Evidentemente. En primer lugar, toda conciencia nace de una crisis. Si en el mundo no hubiese habido crisis, no tendríamos conciencia; de ahí nace la conciencia justamente, de una crisis, de un desequilibrio, de un antagonismo, y una vez que esa conciencia se hace explícita, es decir, pasa de ser angustia a formularse en claridad, pues ya se ha dicho, por lo menos en filosofía, que plantear el problema es casi tenerlo resuelto, al menos humanamente.

DR. MAÑACH: Bien, con esto vamos a dar por terminadas nuestras preguntas por hoy. Muchas gracias Dra. Zambrano.

Raúl Maestri

Empresa y Técnica en el Mundo Moderno

PARA empezar por el principio, empecemos por el Diccionario y precisamente en la primera palabra de nuestro título. La Real Academia nos dice, en la entrada correspondiente al vocablo EMPRESA, "acción dificultosa que valerosamente se comienza" y más adelante, después de explicaciones más contingentes, agrega "intento o designio de hacer una cosa".

Ante una precisión así de pulcra, la semántica queda consagrada como pórtico universal de las ciencias, en nuestro caso, la económica y social.

En efecto, la definición de la docta Corporación recoge los dos elementos sustanciales de la empresa económica, a saber, la iniciativa y el riesgo.

¿Qué queremos decir cuando decimos, en primer lugar, que la empresa equivale a la iniciativa? Queremos decir que la empresa, por el solo hecho de su irrupción, altera el equilibrio económico establecido y siembra una semilla de dinamismo y de concurrencia. Para mejor comprendernos, empecemos por imaginar un momento en el que se produce, de una cierta manera, un cierto repertorio de bienes y servicios. En tal instante, la actividad económica discurre por los cauces de la administración, de la gerencia, pero no de la empresa, propiamente hablando. Sería una etapa presidida por el signo, más o menos puro, de la estática, de la habitualidad. En medio a tales condiciones, asoma la iniciativa empresaria, siempre asociada a una cierta raza de hombres, tan

característica como infrecuente, la raza de los "empresarios" u "hombres de empresa". La primera evidencia de la empresa se nos ofrece a través de la ruptura o alteración que ella comporta del equilibrio hasta entonces vigente. La empresa inventa nuevos bienes y servicios o descubre nuevos modos para producir los bienes y servicios conocidos de antiguo. En todo caso, la empresa aparece como una insurgencia en el universo económico. Por lo pronto, desata una carrera: de una parte, la empresa misma, que trata de afirmar y de agotar hasta el máximo su inicial ventaja; de la otra, los demás productores, puestos a ganar el terreno perdido y, si les fuera posible, írsele por delante al belígero competidor.

La empresa es, pues, iniciativa, pero es además y por lo mismo, riesgo. La alternativa que se abre ante toda novedad es fácil de comprender: el éxito o el fracaso, alternativa que excluye el modo seguro aunque mediocre de la rutina.

No hay apenas que encarecer que ambas modalidades de la acción empresaria —iniciativa y riesgo— son solamente posibles dentro de un marco propicio de condiciones históricas. En ciertas épocas y en ciertos países, la iniciativa ha estado anulada y el riesgo, como alternativa de premio y castigo para el "valor" a que alude nuestro Diccionario, borrado de las prácticas sociales.

En el período entre las dos primeras guerras mundiales, Joseph Schumpeter, el hombre que había pensado más y mejor sobre el fenómeno de la empresa, se propuso alguna vez la siguiente pregunta: "¿Se encuentra en alza o en baja la función empresaria?" Su respuesta fué negativa. Schumpeter fijaba su atención en el hecho de que el liderazgo económico, que hasta entonces había correspondido a la élite de los empresarios, se desplazaba cada vez más hacia determinados grupos profesionales de especialistas. Por así decirlo, la empresa se impersonalizaba, se despersonalizaba, y se convertía en oficio de grupo o "team".

La cuestión que plantó Schumpeter y sus observaciones al respecto, agudas como de costumbre en él, justifican la exhumación al cabo de veinte años. Pero no debemos dejarnos impresionar excesivamente. El mismo Schumpeter nos enseñó a valorar y contemplar las alteraciones históricas de la empresa como puros

incidentes y no como datos inconexos, dotados cada uno de ellos de un esencial sentido propio.

La empresa de hoy es diferente de la de ayer, y lo tiene que ser en toda la medida en que el hombre y la sociedad actuales se diferencian de las anteriores. Idéntico resultado se nos habría de dar si comparáramos, por vía de analogía, cualesquiera otras dos épocas históricas entre sí. Pero la empresa, como radical fenómeno económico, acusa una tendencia cuasi-constante. Soy uno de los que opinan que el ambiente contemporáneo no le es particularmente favorable. Pero esto no quiere decir que la empresa haya sido abolida o se la pueda abolir. La empresa, como tal, parece inexcusable.

¿Qué queremos decir con ésto? Sencillamente que la empresa, como sistema analítico y crítico, en una palabra, racionalizado, de la producción económica, es consustancial a la existencia del mundo moderno. Adoptará formas imprevistas y quizás polémicas, contempladas desde un cierto ángulo, pero no debemos dar por muerto un valor porque una determinada forma suya, que ha llegado a sernos familiar, haya quedado engavetada en el archivo de la historia.

El salvaje y la comunidad de salvajes que practican las formas más rudimentarias de la recolección, la caza y la pesca, producen también, a su modo, ésto es, combinan elementalmente el factor trabajo con el factor naturaleza al fin general de la satisfacción de sus necesidades. Pero nos chocaría, si dijéramos que practican la empresa. La empresa requiere el sometimiento del hecho económico de la producción a determinadas normas de raciocinio, a saber, experimentación, inducción, hipótesis, crítica, investigación, etc. De esta suerte, la empresa no se puede dar en una economía rudimentaria e instintiva. Corresponde a una economía compleja y, a su vez, sirve a esta complejidad, haciéndola más y más productiva.

Hace más o menos un siglo, a mediados del XIX, el exponente de la empresa fué el "capitán de industria", personaje cuya trascendencia histórica y social advirtió mejor la literatura que la teoría económica y la sociología. Dickens y Balzac percibieron con más claridad este decisivo tipo de la época que, por ejemplo,

Ricardo y Marx. El "capitán de industria", empresario textil de Láncaster o carbonero de Gales, podía o no ser también capitalista, propietario de dinero, y las más de las veces había comenzado por no serlo; podía o no ser rentista, esto es, propietario de tierras, y las más de las veces, no lo había sido de arrancada. Lo que sí era el "capitán de industria", el empresario, era un líder de la producción económica, o sea, un hombre capaz de echar a andar, siquiera inicialmente en modesta escala, una fábrica o una mina, allí donde unos no hubieran hecho nada y otros hubieran hablado y hablado y discutido sin tampoco acertar a nada hacer.

Al "capitán de industria", barón feudal de una era económica flúida, sucedió el monarca legal de la sociedad anónima. La empresa económica resultó excesiva para las fuerzas de un solo hombre y asumió formas sociales, democráticas. La soberanía económica se comenzó a vender por tajadas, a tanto la acción, y el Gobierno de la república financiera hubo de corresponder, democráticamente, a la mayoría de las acciones. A este respecto, Werner Sombart ha insinuado un malicioso paralelo entre la democracia económica de la sociedad por acciones, forma característica de la empresa moderna, y la democracia política. Para él, la masa social de los accionistas equivale a la masa electoral de los ciudadanos y el Consejo de Directores y sus Ejecutivos, corresponden al Estado. En ambos casos, como es bien sabido, el Poder efectivo no siempre coincide con el Poder nominal.

La empresa contemporánea ha dejado atrás a la sociedad por acciones, como forma arquetípica. Ahora nos encontramos en la era de las grandes Corporaciones en que el interés privado y el público se mezclan y confunden a través de fórmulas diversas, la mayoría de las cuales no se ha consagrado aún en el plano de la doctrina y el dogma y no despierta tampoco en la conciencia de los hombres, inclusive de sus propios agentes, nociones explícitas y claras.

Si pretendiéramos insinuar una trayectoria histórica, cabría decir que al "capitán de industria" sucedió el Presidente del Consejo de Directores de la sociedad anónima y a éste, el "hombre de negocios", el "businessman", de nuestros días, personaje este último que puede o no ser capitalista, que puede o no ser propie-

tario, pero que es y tiene que ser un poco político, algo demagogo, bastante diplomático y un mucho titular de iniciativa y de riesgo, esos dos esenciales correlatos que hemos señalado en el fenómeno cultural de la empresa.

Pero la empresa, a través de todos sus avatares, sigue ahí, como requisito no ya de la economía sino de la misma existencia moderna. No bastaría mantener hoy la producción de bienes y servicios en el mismo nivel en que la dejamos ayer. Es menester elevarla y ampliarla, so pena de que se nos venga al suelo el edificio de la civilización. Y esta elevación y ampliación de la capacidad productiva del mundo, no se logrará mediante la pura administración sino que es imprescindible el espíritu de empresa, proyectado inclusive sobre el fenómeno mismo de la administración.

La empresa podrá ser más o menos libre, porque la empresa totalmente regimentada es una contradicción en el adjetivo; podrá ser más o menos personal, pero sin empresa, en una u otra forma, no se concibe que la humanidad pueda no ya superar las ingentes tareas que le impone la moderna existencia pero ni siquiera conservarla en sus niveles conocidos.

Un publicista de sobresaliente perspicacia, el americano James Burnham, formuló no hace mucho la teoría de lo que él llamó "la revolución de los administradores". Burnham, consciente del fenómeno de la separación entre el derecho legal de la propiedad y el hecho material del control sobre ella, ha elaborado una brillante tesis sobre la tendencia de los "managers", o sea, los técnicos de la producción y de la administración, a constituirse en clase y erigir, en consecuencia, un cierto orden social, no por tácito menos efectivo. Huelga que digamos que la concepción de Burnham, que apreciamos como indispensable para la inteligencia polémica de las circunstancias de nuestra época, suscita consideraciones y plantea problemas que caen fuera de nuestro tema. Pero lo que sí no queremos dejar de consignar es que el "manager" de Burnham y su revolución, no liquidan, a juicio nuestro, el radical hecho económico de la empresa, sino en todo caso proyectan sobre ella la influencia de su novedad y de su militancia.

Cuanto hemos dicho de la empresa, vale también, a su modo, para la técnica. La técnica y la empresa son las piernas con que

ha marchado el desarrollo económico y, en cierto sentido, explican la moderna civilización.

Así como la empresa es la combinación racional de los factores productivos, con vistas al logro de resultados cada vez más económicos, la técnica es la ciencia y el arte que nos permite obtener de cada uno de esos factores y del conjunto de todos un mayor rendimiento.

La técnica agrícola nos ha de decir, en cada momento y en cada lugar, cómo obtener la mayor y mejor cosecha. La técnica del trabajo, porque hay tantas técnicas como factores, nos dirá cómo obtener el mayor y mejor rendimiento per cápita, o sea, por trabajador. Y así sucesivamente.

No hay que decir que sin progreso técnico, o lo que es igual, sin el conocimiento y dominio crecientes del hombre sobre el cosmos, no hubiera habido no ya progreso de la empresa, ni siquiera empresa misma. El primer supuesto de la economía de empresa —y a estas alturas la afirmación es un truísmo— es el dinamismo, en el sentido de la voluntad y la viabilidad del progreso. La ocurrencia de un individuo o de muchos de combinar de una manera inédita los factores de la producción y el eventual éxito de esta ocurrencia, tienen sentido única y exclusivamente en tanto en cuanto la nueva combinación resulte más productiva que la anterior.

Si el cambio se limitara a la combinación entre factores dados y constantes, estaríamos ante una innovación técnica de tipo organizatorio. La razón técnica nos habría enseñado a obtener un producto mayor y mejor de los mismos factores. Pero el cambio o innovación técnica se puede también referir a uno o más de los factores productivos, como tales. Dentro de una determinada combinación, que juega como constante, uno o más factores alteran su productividad, en el sentido, claro está, de aumentarla. El balance final es análogo, a saber, aumento de lo producido.

Sin la asistencia de la técnica, de todas clases y en todos sentidos, la economía moderna no hubiera podido cumplir su fundamental e ingente tarea histórica. Esta consiste, a juicio nuestro, en haber hecho posible el estupendo desarrollo de la población humana a través del tiempo. Si nos limitamos a lo que

va de siglo, siglo flagelado por las guerras más mortíferas, veremos que la población del mundo ha aumentado en 826 millones de seres, alcanzando la cifra actual de 2,378.000,000 de habitantes. No hace más de trescientos años, en 1650, la población del mundo era de 545.000,000 de habitantes, o sea, menos de la cuarta parte de la actual. Y la tendencia al crecimiento demográfico no se detiene. Se estima que nacen en el mundo más de sesenta mil niños al día, de los que una proporción siempre creciente alcanza edades cada vez mayores.

Antes de continuar, enfilados ya hacia el final, hagamos un aparte para recordar que nuestro país se encuentra en el grupo de los de alto crecimiento relativo de la población. Entre los hispanoamericanos, solamente nos aventaja la Argentina, cuya población ha aumentado en el medio siglo a razón de un 251 por ciento. Pero le sigue Cuba, con un coeficiente de crecimiento igual a 231 por ciento, y después Colombia, Brasil, etc.

Sin el sorprendente progreso de la técnica y de las técnicas, en todos los órdenes, sería imposible concebir la existencia en este planeta de su actual población. A este respecto, me complazco en recordar la pedagógica insistencia de un admirable maestro, Leopoldo von Wiese, que nos enseñaba a valorar la técnica, en su conjunto, no como un lujo o floripondio de la cultura moderna, intelectual y social, sino como piedra angular de la misma.

La gran cuestión planteada a la modernidad y que ésta tiene que resolver en forma explícita y fecunda, es la inter-relación y la recíproca asistencia entre técnica y economía. El punto de vista técnico, sin sujeción a la norma económica, conduciría a la humanidad a la condición de colmena de abejas o colonia de castores. Este sería, dicho sea con todos los respetos, el fruto de la tecnocracia. La producción no es un fin en sí mismo sino un medio, aunque primordial, que cada generación manipula para el mejor logro de sus fines culturales, políticos y sociales.

Ahora bien, sin fomento y aprovechamiento de la técnica, la empresa económica no podría ir muy lejos, todo lo lejos que deberá ir en vista de las grandes tareas que le imponen, por partida doble, la biología y la cultura.

La técnica sin economía conduce a la experimentación dispendiosa, a la falsa inversión. La economía sin técnica, al misoneísmo o a la barbarie, a la iniciativa insuficiente y al riesgo excesivo.

El problema que se nos plantea y que no podemos ni debemos evadir, es el siguiente: coordinar la economía y la técnica de suerte de impedir que la producción se estacione o dé traspiés y, por el contrario, asegurar que cumpla su fin fundamental de satisfacer cada día más y mejor las necesidades de una humanidad que crece, en su número y en sus apetencias.

DISCUSION:

DR. MAÑACH: Dr. Maestri, mientras el micrófono emprende su viaje acostumbrado hacia el estado llano, yo quisiera hacerle una pregunta, que tal vez sea una pregunta ociosa, porque me parece que su respuesta se deriva mucho de lo que usted acaba de leer. ¿Entiendo que la Empresa, tal como usted la ha descrito, es un fenómeno adscrito enteramente al régimen capitalista, o se concibe una empresa y un espíritu de empresa adscritos a regímenes de tipo colectivo?

DR. MAESTRI: Precisamente, lo que yo procuré insinuar es que no creo que sea necesariamente así. La economía capitalista (y la palabra, tiene implicaciones tan generales que probablemente no nos sirve como un ademán de entendimiento demasiado específico, pero en fin, vamos a emplearla a falta de otra más exacta o conocida), el capitalismo como régimen de iniciativa y de responsabilidad, parecía indudablemente un ambiente propicio a la empresa, y es así que la ecuación economía-capitalista y economía de empresa ha sido aceptada tradicionalmente. Ahora bien, aunque no exista una economía de producción capitalista, debe haber algún modo de economía de empresa, porque la empresa es un correlato necesario para toda economía progresista, para toda economía compleja, al margen del índice social o doctrinal que le pueda corresponder a esta economía. De manera que yo creo que aunque eso naturalmente plantea una situación nueva a la doctrina, por la misma novedad en que estamos en el terreno de los hechos, yo creo que la economía tiene que progresar para satisfacer las necesidades de una humanidad extraña, y no creo que esta economía progresista y dinámica sea concebible sin un elemento de empresa.

DR. MAÑACH: Y una economía de tipo no capitalista (si me permite Dr. Maestri, insistir en la pregunta), ¿tendría motivaciones suficientemente eficaces sobre el individuo para impulsar la empresa?

DR. MAESTRI: Ahí es donde yo creo que la respuesta no puede ser tajante y dogmática; es una cuestión un poco "de más o menos",

como la realidad puede ser, aunque a nosotros no nos luce así por el dramatismo conque se la representa nuestra imaginación. La economía no capitalista en que ya todos nos encontramos, indudablemente brinda mucho menos margen a la iniciativa, y por lo tanto deja también menos margen al riesgo, que la economía de la época de nuestros padres o de nuestros abuelos. A pesar de eso, hay todavía ciertos elementos empresarios en ella, y ésa es su gran esperanza. Si estos elementos se anularan del todo, estaríamos ante una situación económica punto menos que catastrófica, y creo que ése es uno de los elementos de contradcción interna de los regímenes que han pretendido ser socialistas y que después, en su propia evolución histórica, han tenido que rectificar hasta cierto punto. ¿Hasta qué punto? Hasta el punto en que es conciliable la economía de empresa con una economía de iniciatira y de riesgo, con una economía que tenga requerimiento colectivos, como los que socialistas, totalitarios, regimentados, etc.

DR. MAÑACH: ¿Preguntas del público?

SR. REYNOSO: Bueno el Dr. Mañach casi adelantó con mayor profundidad la pregunta. Era ésta: ¿No cree usted que la intervención del Estado en la cuestión económica anula completamente el espíritu de empresa? El Ministro de Comercio, Dr. Zaydín propone una institución comercial mantenida por el Gobierno, ¿no va con ello al fracaso el espíritu de iniciativa, de empresa, de riesgo y de todo?

DR. MAESTRI: Esta muy bien planteado el punto. Yo creo que toda política de intervencionismo económico tiende, en sus últimas consecuencias, a alguna forma de totalitarismo, y una forma de totalitarismo cerrado haría imposible efectivamente la economía de empresa, tal como la entendemos y la hemos entendido hasta ahora. Por eso fué que dije que "el más o menos" se imponía en este caso, porque puede haber una cierta forma de intervencionismo hasta un punto que sea compatible, no ya como requerimiento doctrinal, sino como una necesidad técnica material, con la economía de empresa. Y eso es lo que estamos viendo en muchísimos países que no son ni se llaman, ni quieren ser socialistas ni totalitarios, etc., y en los cuales ha habido un auge creciente de la política intervencionista, pero en los cuales, al propio tiempo, aún queda una ancha zona para la actividad empresaria. De manera que no se puede contestar con un sí o con un no; hay que contestar calibrando los méritos particulares de cada caso.

SR. REYNOSO: (Habla sin el micrófono).

DR. MAÑACH: ¡Un momento, que no lo están oyendo en Nuevitas!

DR. REYNOSO: Me alegro, así el Alcalde puede ser Gobernador. Pero hay dos ejemplos típicos, el caso de la intervención del Estado en la Argentina, que ha llevado al desastre a la economía argentina, a tal extremo que el año que viene Argentina importará trigo de Australia y nosotros estamos racionados en la Argentina, sin carne tres veces por semana. Y en Inglaterra, la intervención del Estado ¿no ha llevado a la mejora de las industrias que rendían menos antes?

DR. MAESTRI: Esos ejemplos que usted ha mencionado prueban indiscutiblemente la torpeza de la política de intervencionismo de Estado. Por supuesto que éste es uno de esos hechos que se pueden desenvolver en dos planos: en el plano teórico, doctrinal, puramente técnico, y en el plano político, pragmático o casuístico del caso argentino, del caso inglés, etc., etc. Yo no creo que se le deba dar un valor general, extensivo, a casos particulares, especiales. Esos casos que usted ha mencionado deben ser así, aunque no conozco la situación argentina. Conozco la situación inglesa, país en el que estuve recientemente, y allí el intervencionismo de Estado, por lo menos en la forma que el gobierno laborista lo había practicado indudablemente culminó en una serie de consecuencias que no se pueden considerar éxitos de ninguna clase. Lo mismo que usted ha expuesto, que parece una ironía que Argentina esté importando trigo, Inglaterra estaba importando carbón, lo cual es una cosa también absurda. Indiscutiblemente prueba que aquí el fiel de la balanza, entre el requerimiento más o menos social, o socialista si usted quiere, de intervencionismo de Estado, se ha roto en beneficio de esta posición y en contra de la posición de la libertad del espíritu de empresa, que yo creo que es un aliciente necesario para el progreso económico.

SR. JUAN BLAZQUEZ: Dr. Maestri, ¿qué opina usted de la nacionalización de las empresas, sobre todo en Cuba?

DR. MAESTRI: Pues opino lo siguiente: soy partidario de la nacionalización de aquellas empresas cuya nacionalización produzca resultados positivos en el orden económico, y soy contrario en los casos en que la nacionalización sea desventajosa. En esto, una posición apriorística y dogmática me parece superada ya, porque ya se ha discutido tanto en el plano doctrinal y se ha experimentado en el plano práctico tanto, que sabemos demasiado para perder el tiempo en eso; y lo que tenemos es, sencillamente, que estudiar en cada caso particular si la nacionalización conviene o no. Hay casos en los cuales la nacionalización es beneficiosa y es conveniente, y además representa la maximación de todos los factores concurrentes de la producción, y por lo tanto, desde el punto de vista empresario, puede garantizar un éxito; hay caso, por lo contrario, en los cuales la nacionalización suele producir resultados catastróficos; de manera que mi posición personal sería de quebrar una lanza en contra de toda posición dogmática y apriorística, y sencillamente estudiar las circunstancias, los méritos de cada caso, y nacionalizar aquello que se deba nacionalizar, y no nacionalizar lo que no se deba nacionalizar.

SR. BLAZQUEZ: Doctor, yo quisiera insistirle en la pregunta, en este aspecto: Yo creo en lo que usted dice, que la nacionalización es una cosa posible, pero en el caso de Cuba por ejemplo, ¿Usted cree que nosotros realmente estamos preparados para...?

DR. MAESTRI: La nacionalización en Cuba ha solido ser un fracaso tremendo, y lo sigue siendo y lo ha de seguir siendo. El caso más evidente, que vemos en cuanto salgamos a la esquina, es la intervención en el trans-

porte. Es un fracaso, que nada más que un pueblo tan cargado de paciencia como el nuestro, aguantaría, porque es sencillamente insoportable... y me temo mucho que otros ensayos de nacionalización análogos a éste, como el de los ferrocarriles, etc., conduciría a fracasos semejantes. De manera que, en el caso particular de Cuba, de entrada, mi posición es más bien crítica. Ahora bien, puede haber casos particulares en los cuales, en una industria, un giro, etc., etc., se pruebe que sea menester la nacionalización.

DR. MAÑACH: ¿Se puede formular de un modo general y teórico, el criterio para determinar cuándo es la nacionalización eficaz y cuándo no?

DR. MAESTRI: Se puede ver perfectamente al aplicar el criterio de la marginalidad de costes y de ingresos. Cuando un servicio de los llamados públicos, pero que no está en manos oficiales sino que las de una empresa privada, llega a una situación tal que no brinda el servicio que hasta entonces se ha requerido de él y que se suponía que podía prestar, y por lo tanto se plantea el problema de su nacionalización o no, hay que ver en primer término si el servicio ése hay que continuarlo o no. En segundo término, si la nacionalización representa una conversión de costes tal, en comparación con los ingresos, que presumiblemente, y que por vías contables por supuesto se puede hacer una presunción ex-ante, como se dice en la jerga técnica, bastante aproximada, que permita ver si se debe o no se debe hacer. De manera que no es una cosa en que estemos trabajando en el aire, sino que hay métodos estadísticos, econométricos inclusive que permiten garantizar cuándo en un caso la nacionalización es positiva económicamente y cuándo no.

SRTA. SARA RODRIGUEZ: Me hace el favor, ¿por qué cree usted que la época actual no favorece a la empresa económica?

DR. MAESTRI: La pregunta está prácticamente contestada, aunque quizás un poco incidentalmente con ocasión de la pregunta, muy bien orientada, que se me han hecho con anterioridad. Desde el punto de vista tradicional de lo que entendíamos por empresa, el momento actual no le es favorable, por todo el auge del intervencionismo de nacionalización, de socialización, etc., etc., que en escala mundial se está aplicando. Pero además, como cuestión de hecho, aparte ya de nuestras nociones heredadas, de lo que entendíamos por empresa, no hay duda alguna que esta orientación de la política social y económica moderna, restringe, limita, coarta el ámbito de acción, de movimiento, de la empresa.

DR. MAÑACH: Bien, con esto nos vemos obligados lamentablemente a dar por terminadas nuestras preguntas. Muchas gracias, Dr. Maestri.

Salvador Bueno

Rubén Darío y el Modernismo

HACIA 1880 la América española había arribado a una etapa de remansada superación. En apariencia, las acerbas cuestiones que la independencia política dejó al descubierto, quedaban solucionadas. Las desmedidas ambiciones de los caudillos adoptaban visos de legalidad; cauces constitucionales regían la existencia de los más avanzados de nuestros países. Algunos dictadores, herederos evidentes de los rampantes tiranos de antaño, pero con cierto barniz progresista, auspiciaban el auge económico de sus naciones, colocándolas en franca servidumbre a extraños intereses imperialistas. Un período de prosperidad iniciaba sus galas en esta América: el lujo, la suntuosidad, la aparente seguridad social, produjeron una floración de cosmopolitismo y de vida regalada y muelle, hasta entonces insólitas por estas latitudes.

¿Podrían atenderse tan sólo a estas razones socio-económicas para explicar la génesis y desarrollo de un movimiento literario, tal como hace Luis Alberto Sánchez? Creemos que no. Indudablemente, el clima imperante en toda la América hispánica —excepto Cuba y Puerto Rico— permitía el crecimiento de una sociedad desembarazada en cierto modo de las urgencias de apetitos inmediatos, más preparada para preferir y consumir cultura. Pero, en realidad, en este escenario de auge económico y aparente quietud social, tendría lugar, como apunta Federico de Onís, una faceta de ese vasto movimiento de balance y liquidación de una época que se inicia en todo el mundo occidental a fines del siglo XIX. Distintos factores, no exclusivamente sociales y económicos,

iban a ser gérmenes de este impulso renovador de nuestras letras que conocemos con el nombre de "modernismo".

Tal denominación implica por sí misma el afán ptoloméico de la cultura occidental por considerarse núcleo y climax de toda la historia. Nombre tomado de una escisión heterodoxa de la Iglesia Católica, los poetas que lo adoptaron asumían una actitud de repulsa frente al pasado inmediato. Ante aquellos poetas de sonsonete y relumbrón, de gritos desaforados, de desmelenada forma externa, pertenecientes al bajo romanticismo, frente a aquellos novelistas que bien les cabe el nombre de "labriegos de la prosa", esos jóvenes que se asoman a las letras en el último tercio del siglo pasado preferían el culto a la belleza por si misma, la forma refinada, el espíritu aristocrático, el desdeño de la multitud. Los historiadores de nuestras letras consideran que existió una primera promoción de precursores, y una segunda, más extensa y de vario valor y tendencia, que está centrada en la figura impar de Rubén Darío. Esta es la genuinamente modernista.

En tres ciudades de América, México, La Habana y Bogotá, anuncian sus innovaciones estos precursores. Las voces de Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva, muy grávidas aún del romanticismo mejor, de aguzado dolor de vivir, encaran de modo nuevo el hecho poético. Un regusto por el idioma, una musicalidad y flexibilidad en la forma remozada, una amplia gama de sentimientos exquisitos y raros, forman su aporte a la nueva modalidad. Gutiérez Nájera, el "Duque Job", escribía cuentos y poemas de frívola elegancia, pero que dejaban escapar su melancolía, bien tamizada por lecturas francesas. Casal, el misógino, el doliente, produjo una poesía aquejada de románticos sentires, aunque apegado a fórmulas parnasianas y simbolistas, que le brindaron una plasticidad y una policromía admirable a sus versos. Ahincado en su intimidad, Silva, llama efímera que pronto se consumiría en sus anhelos exquisitos, ofrecía un pesimismo suave, un esteticismo alquitarado que estremecía a toda la juventud de su época.

Extrañarán muchos que no hayamos incluído a José Martí en este censo de precursores. Pero la lírica y la prosa de nuestro grande hombre no podían viajar en el fastuoso galeón modernista

sino en muy escasa medida. Con su obra Martí comenzó la renovación del verso y la prosa hispánicos que serían horizonte de los modernistas, pero sus lineamientos asociales, aristocráticos y esteticistas mal casan con las proyecciones de nuestro escritor. Martí se encuentra más cercano a los españoles de la "generación del 98" por una identidad en la común preocupación patria, por su hincapié en la moral sobre la estética, por su hondura humana que aproxima tanta veces a Unamuno con el escritor cubano.

Todos estos hombres han muerto ya en 1896. Toma entonces impulso y esparce las radiaciones de su obra por todo el ámbito del habla española un poeta capital, Rubén Darío. Poeta precoz, todos los aspectos preliminares de su obra están en la senda de los últimos escritores románticos españoles: Campoamor, Bécquer, Zorrilla. Pero, al escribir y publicar en 1888 el tomo de poemas y relatos "Azul" en Santiago de Chile, cruza el umbral de la nueva poesía. Juan Valera, en España, anota inmediatamente que el galicismo mental que este libro testimonia se vierte en un casticismo expresivo que bebe en los hontanares más frescos del idioma. A partir de "Azul" el movimiento modernista encuentra trazadas sus apetencias y sus líneas fronterizas. "Prosas profanas", el libro que publica en Buenos Aires (1896) el profeta y realizador del modernismo ya es un jubiloso clamor de triunfo.

Señalemos escdetamente una semblanza biográfica del poeta nicaragüense. Había nacido en 1867. Sus biógrafos hablan de varios períodos en su vida: centroamericano, chileno, argentino y europeo, de acuerdo con su sucesiva ubicación geográfica. En general vivió en América hasta 1899, salvo una breve estancia en España; con posterioridad su vida transcurre en Europa, entre París y Madrid, con algunos viajes a este hemisferio, hasta el último que le condujo a la muerte en 1916. Niño aún, alcanzó fama por sus primeros versos. Junto con la popularidad le llegó la dipsomanía y la vida bohemia y errante. Embarcó hacia Chile. Allí publicó "Azul" y se empapó de autores franceses, que ya había vislumbrado a través de Francisco Gavidia. Visitó a España en 1892 y conoció a las figuras principales de la "generación del 68" que cumplían ya su periplo vital. Estando en Buenos Aires publicó "Los raros", semblanzas críticas y biográficas que reve-

laban fuentes y paradigmas de su cultura literaria; y "Prosas profanas", al cual saludaría Rodó con su interrogación acerca de la americanidad de nuestro poeta. Desde este momento sería guía y estandarte de todos los jóvenes escritores de aquende y allende el Atlántico.

¡Qué distingos tendríamos que hacer entre el poeta y el hombre! Dicen los que le conocieron que se parecía a Sócrates y a Verlaine. Sus manos finas de marqués no lograban hacer olvidar su color mestizo y la pluma de indio que se sospechaba bajo el sombrero hongo. Escribió los versos de mayor alegría vital que recuerda la poesía de habla española, salvo algunos poemas que trasparentan la melancolía y tristura que albergaba su alma. Califícanle algunos de niño grande, y como niño al fin tenía un terror sensorial por la muerte, libre de metafísicas elucubraciones, pero habitado por un terror ancestral ante el misterio, ante la decadencia de los sentidos. Vivió siempre entre la suma comodidad y la mayor miseria, admirado por muchos, engañado por otros, conducido de uno a otro alero del océano como un ave desmayada y abstraída.

Atendiendo a la ornitología poética que ha popularizado Pedro Salinas el cisne alzó siempre sus gallardías elegantes en su verso pulido. Pero a veces el buho también puso sus interrogaciones y sus sombras en esta frente que albergaba marquesas sonrientes, abates discretos y pícaros, reflejos nacarados de carne de mujer. Este Rubén —"torre de Dios" como llamó a los poetas— recorrió su órbita literaria por la vía ascendente de tres libros capitales: "Azul", "Prosas Profanas" y "Cantos de vida y esperanza' (Madrid, 1905). Aquella vitalidad deslumbradora, aquella suntuosa galería de joyas, de objetos lujosos, de radiantes colores galanos, acompañaban la eufórica sensualidad de su "Año lírico" mientras encontraba contrapeso en la nota sombría de su "Ananké". Florecía más tarde pletórico de júbilo en el "aire suave, de pausados giros", donde figuras de princesas y vizcondes, de ninfas y centauras componían una sinfonía eco de la Grecia clásica a través de las galanuras de una Francia dieciochesca y mundana. Pero aquella encendida llama pronto revelaría su ocaso. En los "Cantos de vida y esperanza" atisbaba la inevitable caducidad de toda

criatura, y con el temprano cabello gris se acercaba a los rosales de su jardín versallesco para decir con voz tenue:

"Quiero expresar mi angustia en versos que abolida
dirán mi juventud de rosas y de ensueños,
y la desfloración amarga de mi vida
por un vasto dolor y cuidados pequeños".

La obra total en prosa y verso de Rubén Darío —que aquí no podemos examinar— constituye el pilar más alto y sólido de las letras hispanoamericanas. Toda su obra, la obra de un poeta. Léanse sus cuentos, repásense sus crónicas fugaces, atiéndase a sus artículos críticos, interne se el lector en toda página donde el nicaragüense apoyó su pluma. Ha de volverse la vista hacia los Siglos de Oro para tropezar con tamaña altura de poeta. Sus cuentos señalan una encrucijada en la narrativa de nuestra lengua. Sus notas de viaje, sus impresiones europeas de contenido tan efímero, sus glosas a todo lo humano, derrochan sus dotes de escritor. Rubén Darío queda allí, imperecedero, como el primer clásico de nuestro tiempo.

Pero hemos de hablar de Darío y del modernismo. Habrá que anotar con brevedad en qué consistió la renovación que este movimiento produjo en el seno de la literatura española peninsular y continental. Era al propio tiempo una reforma en el espíritu y en la forma poética. Las innovaciones métricas de Garcilaso y la rebeldía gongorina de imágenes y de sintaxis son las antecesoras de la profunda revolución que los modernistas acometen. La utilización de nuevas formas estróficas, la revitalización de antiguos metros, el uso más flexible de cesuras y acentos, el empleo del verso libre, son algunas de sus innovaciones externas. Una temática nueva irrumpe con frescor en el cuerpo de la poesía. Lo mitológico embellecido y remozado abandona el acento erudito que hasta entonces tenía. La retina artística de estos poetas va en busca de los aspectos más regalados y esplendoroso de la realidad. Su actitud esteticista, posición de radical aristocratismo espiritual, les hace desdeñar todo lo vulgar y mostrenco. Un culto idolátrico por la Belleza pone en subordinación todos los demás valores humanos.

El soberbio individualismo que conduce a estos poetas hasta la extrema extravagancia deriva de un afianzamiento nietzchiano de la personalidad, como su pesimismo procede de Schopenhauer y Leopardi. No menos importante en el modernismo es su ambicioso cosmopolitismo que diversifica sus modelos ampliando su interés hacia toda manifestación literaria exótica. De su esteticismo radical surge esa posición asocial que lo aparta de toda identificación con las aspiraciones y palpitaciones de lo colectivo. Pero sobre estas constantes ideológicas predomina ese esencial virtuosismo que anima sus obras. Esa delicada cobertura de sus versos, vehículo de una fragancia y sensibilidad quintaesenciadas, constituye la huella mayor que dejan en la historia literaria. Por su sentimentalismo este movimiento entronca con las fuentes del romanticismo del siglo XIX, mientras que por sus afanes de renovación formal enlaza con las tendencias posteriores de la novísima poesía.

La estética acrática que preconizaba Darío en las palabras liminares de "Prosas Profanas" abría surcos para todas las insurgencias, para todas las discrepancias. Aunque el nicaragüense no deseaba discípulos —"quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal"— brotaron los imitadores por doquier. El éxito de sus libros decidió vocaciones, alentó inquietudes. Entre 1896 y 1910 el movimiento modernista asciende por el ímpetu de una pléyade de poetas que le infunde una varia gama de excelsitudes. Dificultoso sería presentar tan sólo a los más destacados de ellos. Luis Alberto Sánchez ha querido escindirlo en dos jerarquías: los poetas de la armonía, a tenor de Darío, y los poetas plásticos, representados por Julio Herrera y Reissig. Unos serían del norte del ecuador, los otros del sur. Pero es imposible señalar filiaciones y moldear actitudes en un movimiento que presumía de su independencia.

Tómese por ejemplo el caso singular de Herrera Reissig y de aquel gimnasta de la palabra que fué Leopoldo Lugones. El uruguayo revela el sello modernista teñido por los simbolismos importados, sus imágenes y metáforas imparten una plasticidad extraordinaria a sus recamados versos. En cierto instante la coincidencia es tal entre Herrera y Lugones que la polémica enciende al rojo vivo las mutuas acusaciones de plagio. Pero compulse el

curioso la línea poética del argentino y verá cómo va incorporando tendencias, asimilando modos nuevos de expresión, demostrando una versatilidad que desgraciadamente no redujo a la poesía. Herrera y Reissig es el magnífico señor de la metáfora y el símbolo. Lugones con su potencia verbal y sus facultades taumatúrgicas recorre toda la escala de la lírica desde la complejidad formal de su "Lunario sentimental" hasta la simplicidad de su "Romancero".

Prolongan otros diversas posturas. Guillermo Valencia, el colombiano ilustre, figura entre los cultivadores americanos del parnasianismo, impasible forjador de bellas estatuas en verso, pulcro expositor de una dualidad típica del modernismo: entre el anhelo paganizante y el íntimo sentir cristiano. Amado Nervo, despojado de todo artificio por afán de artificiosidad, enarbola su misticismo que gana actitudes cada vez más ingenuas, enamorado del misterio hasta rozar lo cursi. Entre estos discretos la voz tronitonante de José Santos Chocano produce el efecto de un huracán. Su americanismo de relumbrón quiso conquistar el título de "poeta de América" que se le negó a Darío, nunca tan opulento, plástico y nativista como este peruano desaforado, querencioso de todo lo visual.

Filigrana de primores la prosa del modernismo. Renovó las formas del cuento, el contenido y proyección de la crítica literaria, insufló vida nueva a la crónica y al ensayo de varia índole. La novela cuajó en obra de arte, pero perdió vigor y sustancia con los autores modernistas. La obra de Enrique José Rodó que tanta influencia tuvo sobre la ideología de su época nos comunica hoy la frialdad del mármol. No es posible olvidar a Manuel Díaz Rodríguez, el novelista y ensayista venezolano, cuyo libro "Camino de perfección" puede parangonearse con el "Ariel" del uruguayo. Baldomero Sanín Cano como nacido en Colombia conserva un empaque clásico, poseído por una ironía punzante y una anchura de sabiduría que podemos titularle "modernista universal". Y así podíamos mencionar otros poetas y prosistas de gallarda estampa literaria como Enrique Larreta, el reconstructor literario de la España de Felipe II; Rufino Blanco Fombona, el vigoroso polemista venezolano, o Enrique Gómez Carrillo, el de los bigotes de

mosquetero, al cual los críticos están concediendo hoy el valor que se le había negado por mucho tiempo.

Sin embargo, la historia apresuraba sus pasos en la primera década del siglo XX. El clamor adolorido de Rubén Darío cuando Francia fué invadida en 1914 fijaba la clausura de una época. Los poetas modernistas —no éstos que hemos citado, que poseían por sí mismo una estatua genuina sin necesidad de pedestales de escuela— habían reiterado con unción la musicalidad fácil y suave que Darío había entonado en "Prosas Profanas". Allí habían quedado estancados, como meros resonadores sin personalidad. El nicaragüense agregaba en sus libros posteriores fórmulas y modalidades de mayor madurez y perennidad que sus imitadores no advirtieron. Para muchos el modernismo redujo sus fronteras a un estrecho "rubendarismo" de cisnes y lagos, margaritas sollozantes, faunos y náyades, y "sonatinas" de recitales pueblerinos.

Contra esta paramental literatura alzó sus armas una nueva promoción que iba hacia la sobriedad, la nota criollista, la severa estructuración del tema y del tono de la poesía. Enrique González Martínez surgido en pleno desenvolvimiento rubendariano dió el signo que representaría la nueva tendencia: "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje", es decir, desprecia la elocuencia, rechaza todo adorno inútil, encamínate hacia lo esencial. El poeta quiso despojarse de todas sus soberbias de artífice para tropezar más resueltamente con su íntima desnudez de hombre integral. Y al mismo tiempo que renunciaba a todos los aliños adventicios, comenzó a sopesar humildemente todas las circunstancias de su contorno.

El modernismo, por tanto, como movimiento pujante, tuvo una breve existencia. La Primera Guerra Mundial, con su secuela de revoluciones con sabor de apocalipsis, con su total inversión de valores en el campo del arte y las letras occidentales, primer gran estremecimiento de un mundo que se hacía consciente de su bancarrota, echó por la borda todas las exquisiteces y aisladoras actitudes de estos escritores. Advenía una nueva etapa donde la soledad se haría más híspida, pero durante la cual los hombres tendrían que descubrir sus identificaciones so pena de perecer en una general hecatombe. La edad que amanecía entre los escom-

bros del choque bélico desviaba su atención de aquel recinto armónico, claro y simétrico que los modernistas habían querido construir, quizás disimulando muchas desesperanzas interiores. La literatura posterior enderezaría sus rumbos hacia nuevos horizontes. Estos prosistas y poetas mantendrían en buena medida su individual importancia, pero el modernismo como movimiento literario había perdido, después de 1920, toda vigencia. Había sido un excelente empeño por proyectar a Hispano América sobre el mundo, para sacar a la luz posibilidades inéditas en nuestra cultura, para pulir y domeñar el instrumento expresivo. Esa fué su trayectoria innovadora que cumplió a cabalidad.

DISCUSION:

SR. CEPERO BRITO: Primera pregunta para el poeta de la Universidad del Aire.

SR. JUAN JESUS CISNEROS: Doctor, ¿podría Ud. señalar alguna obra de Darío en la que se notara la influencia de Casal o de Martí?

DR. BUENO: Concretamente una influencia, creo que no; más bien hay coincidencias. Es decir, hay una coincidencia de Darío con Casal en muchas de sus obras. Pero también hay una reconocida influencia de Martí sobre Darío, quien en cierto artículo lo llama "Maestro".

SR. JUAN JESUS CISNEROS: Esa influencia de Martí sobre Darío no se nota en los artículos que Darío escribió en el periódico "La Nación", en la prosa de Darío.

DR. BUENO: De cierta manera sí. Creo que sí que hay cierta influencia, pero no es nada evidente. Entre todos esos escritores contemporáneos de Darío, hay más bien una coincidencia que una influencia. Algunos críticos, como por ejemplo el Profesor Manuel Pedro González, cubano que es Profesor en la Udiversidad de California, creen que el verdadero movimiento Modernista no es el que comienza después o alrededor de Darío, sino que comienza con los que ahora llamamos aquí "precursores", es decir, con Casal, con Silva y con Gutiérrez Nájera.

SR. FAUSTINO PEREZ: Dr. Bueno, ¿usted cree que Rubén Darío estuvo ausente de las inquietudes y necesidades colectivas y que eso se revela en la persuasión que quiso hacerle a Martí de que se retirara de esas luchas?

DR. BUENO: Ya he indicado en la conferencia que los modernistas se destacan por su posición asocial; es decir, no les interesa el curso de la sociedad ni los problemas sociales. Darío lo mismo le dedica un elogio a un Dictador americano que a cualquier otro jefe de Estado, y en cierta

ocasión declaró abiertamente que a él le interesaba más una Corte suntuosa de Reyes que el séquito demasiado prosaico de un Presidente de la República. En eso hay tal vez, un poco de pose personal. Pero a ellos no les interesaban las cuestiones sociales; se volvían de espaldas a ellas.

DR. REYNOSO: Escuché en su conferencia que a Santos Chocano, por su vida y su pasión, más o menos también por su temperamento antisocial, se le negaba el título de "Poeta de América". ¿No cree usted que sacando la biografía, separando al poeta del biógrafo, como decía Luis Alberto Sánchez, hay más grandeza y más construcción en la poesía de Santos Chocano que en la misma lírica del poeta del que hemos hablado esta tarde?

DR. BUENO: Sobre eso habría mucho que hablar. Comparando la obra lírica de Santos Chocano con la de Rubén Darío, sería cosa de discutir mucho cuál es superior al otro. Pero, además, en cuanto al tema, me parece que la "americanidad" de Santos Chocano es un poco ficticia, meramente pintoresca. Es una descripción de montañas y de paisajes americanos; habría que discutir si en una forma más escondida no está esa "americanidad" también en Rubén Darío. Y en cuanto a su vida..., más vale no meternos en ese problema.

DRA. ARROYO: Yo quiero saber si el modernismo fué una revolución de contenido formal exclusivamente, o si también tuvo un contenido espiritual.

DR. BUENO: Bueno, yo me he referido a dos cosas: a una revolución formal y a una revolución en el espíritu de la poesía. En ese afán aristocrático, en esa subordinación a la Estética por la Estética, hay una actitud espiritual; pero además también hay una renovación formal en cuanto los Modernistas renuevan la técnica del verso y sacan a la luz tipos de versificación española que se habían olvidado, de los primitivos españoles.

DR. BUENO: Personalmente yo creo que el valor de ellos fué sobre todo formal.

DR. MAÑACH: Bien, con esto desgraciadamente tenemos que terminar con lo formal y con lo informal. Hasta el domingo que viene a la misma hora. Muy buenas tardes.

Luis G. Wangüemert

La Guerra Ruso-Japonesa

ESTA guerra rusojaponesa, de la que voy a tener el gusto de hablarles, es de interés particular por sus puntos de contacto con la actualidad internacional y por ser el último ejemplo de guerra indirecta o por interpósita nación. La guerra, en efecto, fué más entre Inglaterra y Rusia que entre Rusia y el Japón. Pero los ingleses no dispararon un tiro y su intervención se limitó a financiar y entrenar a los nipones, a proporcionarles los adelantos modernos para su marina y a ejercer presión diplomática para que Francia y Alemania se abstuvieran de intervenir en favor del Zar.

La política inglesa de contener la expansión zarista se manifestó ya con claridad en la guerra de la Crimea, cuando Inglaterra se alió con Francia y Turquía, primero, y más tarde con Cerdeña, para oponerse al Zar Nicolás I, obstinado en apoderarse de Constantinopla. Contenida la expansión zarista hacia los Balcanes en el Congreso de París, que puso térimno a la guerra, el nuevo Zar, Alejandro II, abandonó las ideas de engrandecimiento territorial y se aplicó a desarrollar los recursos internos del país. Pero la lección de la Crimea fué olvidada. Con Alejandro III volvieron al poder el eslavismo y la reacción y una nueva política expansiva que se orientó, en tiempos de Nicolás II y de Witte, hacia el Extremo Oriente.

Los rusos construyeron entonces el Transiberiano, con el apoyo de Francia, que veía con gusto el desplazamiento de sus ambiciones de Europa al Asia. Pero al apoderarse de Liaotung y la Manchuria, la expansión zarista entró de nuevo en conflicto con los intereses británicos.

Inglaterra, gran potencia naval, no disponía de medios militares para contener el movimiento ruso. Pero Lansdowne, Secretario entonces del Exterior, encontró en el Japón un aliado dispuesto a hacer lo que Inglaterra no podía. El Imperio del Sol Naciente, recién incorporado a la civilización, tenía serios motivos de enemistad contra la Rusia zarista, que amenazaba la posición nipona en la Corea y el futuro mismo del Imperio. Y en 1902 Lansdowne firmó con los japoneses un tratado comprometiendo a ambas naciones a darse ayuda si alguna se veía en guerra con dos o más países.

Como se ve, el "casus foederis" era aritmético. La guerra con un solo país no hacía funcionar el tratado. Era indispensable que Inglaterra o el Japón entraran en conflicto con más de un país. Por eso el tratado fué llamado "de fuma y escupe" —Inglaterra fumaba y el Japón escupía— porque no era probable que Inglaterra, entonces la nación más poderosa del mundo, fuera atacada por un solo país, mientras el Japón podía verse fácilmente en ese caso.

La realidad es que los japoneses sabían lo que se hacían. El tratado de 1902 les dió la libertad para atacar a Rusia sin miedo a ser atacados a su vez por Francia y Alemania, y con ello el apoyo técnico de los ingleses.

Al llegar 1904, año en que el Zar se había comprometido a evacuar la Manchuria, todo estaba preparado para la guerra. Y la violación de esa promesa sirvió de pretexto al Japón para atacar a los rusos sin previa declaración de guerra, como habían de hacerlo cuarenta años más tarde en Pearl Harbor.

La guerra rusojaponesa tuvo dos fases —la naval y la militar— íntimamente ligadas desde el punto de vista estratégico, pero independientes y separadas desde el punto de vista táctico. El plan japonés consistía en destruir o neutralizar la escuadra rusa, basada en Puerto Arturo, para desembarcar sus ejércitos en la Corea y Liaotung y mantener expeditas sus comunicaciones.

La superioridad naval era de los rusos, en el papel. Por eso Togo, jefe supremo de la escuadra nipona, decidió equilibrar las

fuerzas, atacando por sorpresa a los buques del zar, fondeados sin vigilancia especial en la rada exterior de Puerto Arturo. Para realizar el ataque escogió los torpederos, barcos pequeños y de gran velocidad, cuya arma, el torpedo, era entonces nueva y poco conocida.

Confiado en su eficacia, Togo lanzó los torpederos al ataque en la noche del 8 de febrero de 1904, echando a pique en pocos minutos dos acorazados y un crucero. Así adquirió la igualdad numérica que le faltaba y a partir de ese momento la superioridad del personal se impuso y la escuadra de Puerto Arturo no volvió a poner en peligro el dominio del mar por los japoneses.

Al mismo tiempo atacaron los nipones la base rusa de Chemulpo, en la Corea, y se apoderaron de Masampo, en el extremo sur de la península, cerca de Fusán. Inmediatamente comenzaron a desembarcar los ejércitos japoneses. A fines de abril, el Primer Ejército, al mando de Kuroki, estaba en el Yalú. El 1º de mayo cruzó el río, rechazando a los rusos, para establecerse en Fuang-Huang-Cheng. Entre tanto, el Segundo Ejército, del general Oku, desembarcó en Takushan, y el Tercero, bajo el general Nodzu, en Pitzewo, ambos puertos de la península de Liaotung.

Mientras los japoneses se preparaban a ejecutar la segunda parte de su plan estratégico, consistente en interponer sus tropas entre Puerto Arturo y los ejércitos rusos que se organizaban en torno a Liaoyang, el Zar nombró generalísimo a Kuropatkin y le dió como jefe de la maltrecha escuadra de Puerto Arturo al Almirante Makaroff, el mejor marino ruso de la época. El nuevo almirante mandó reparar los barcos averiados, entrenar a las tripulaciones y dotarlas de todos los elementos necesarios. Su presencia hubiera podido crear serias complicaciones a Togo, porque Makaroff disponía aún de barcos suficientes para batirse. Pero la suerte intervino en favor del Japón. Durante las operaciones de entrenamiento el "Petropavlowsk" chocó con una mina y el gran acorazado voló con todos sus tripulantes, entre ellos Makarofl.

El mando de la escuadra pasó al Almirante Wittshoefs, que intentó poco después una salida para escapar con los barcos hacia Vladivostok, desde donde operaban con algún éxito los cruceros ligeros. La salida fué un fracaso. Descubierto y batido, Wittshoeft

tuvo que regresar a Puerto Arturo, donde sus barcos fueron destruídos uno a uno por la artillería de sitio japonesa.

En tierra, como en el mar, la suerte fué invariablemente favorable a los nipones, que sabían lo que querían y se habían preparado concienzudamente para conseguirlo. Mientras Nogi desembarcaba en Dalny con 90,000 hombres del Cuarto Ejército, Oku y Nodzu derrotaron en junio al general Stakelberg, que trató de reabrir las comunicaciones con Puerto Arturo. La base naval fué metódicamente sitiada por Nogi y los tres ejércitos restantes avanzaron en líneas convergentes sobre Liaoyang, donde los rusos seguían organizando el grueso de sus fuerzas.

Al mes siguiente llegó a Dalny el mariscal Oyama para hacerse cargo del mando supremo. Del 24 de agosto al 4 de septiembre se libraron los furiosos encuentros conocidos con el nombre de batalla de Liaoyang, en los que ambos bandos sufrieron serias pérdidas, viéndose Kuropotkin obligado a retirarse para escapar al abrazo mortal de Kuroki, que trataba de envolver su flanco izquierdo. El 9 de octubre volvieron a batirse los ejércitos en el frente del río Sakhe, perdiendo los rusos 45,000 hombres. Forzado de nuevo a retirarse, Kuropatkin escogió una fuerte posición al norte del Sakhe y algunos kilómetros al sur de Mukden y se dispuso a pasar el invierno. Pero no contaba con los japoneses...

Las operaciones contra Puerto Arturo habían sido conducidas, entre tanto, con desesperada energía por los sitiadores, que deseaban no sólo destruir los restos de la escuadra rusa sino también liberar al Cuarto Ejército para dar el golpe de gracia a Kuropatkin. Las defensas exteriores de Puerto Arturo fueron destruídas por la artillería, con los nuevos proyectiles ingleses de alto explosivo. Luego introdujeron los japoneses una cuña entre las posiciones principales de la plaza, y el 30 de noviembre fué asaltada la Colina 203. A fines de diciembre tomó la infantería por asalto el fuerte de Urlungshan. De esa manera la ciudad y el puerto quedaron bajo los cañones japoneses y el general Stoessel, jefe de la heroica defensa de Puerto Arturo, se vió precisado a capitular el 1º de enero de 1905. Así pasó el Gibraltar del Oriente a manos

de los japoneses que lo conservaron hasta su derrota en la II Guerra Mundial. Hoy Puerto Arturo es ruso de nuevo por una decisión de los Tres Grandes, tomada en la Conferencia de Yalta.

Libre ya el Cuarto Ejército por la caída de Puerto Arturo, e incorporado a las fuerzas del Mariscal Oyama, el jefe japonés demostró una vez más que el secreto de la victoria en la guerra consiste en hacer posible lo imposible. Kuropatkin, el generalísimo ruso, no creía posible combatir en la Manchuria durante el invierno, con temperaturas crudísimas de muchos grados bajo cero. Y en efecto, así era. Nunca se había combatido hasta entonces a semejantes temperaturas, en aquel terreno quebrado y difícil. Pero el mariscal japonés le dió la sorpresa decisiva al generalísimo del Zar, montando en pleno invierno un ataque envolvente de gigantescas proporciones, que comenzó al amanecer del 24 de febrero de 1905. Nodzu y Oku atacaron de frente, sobre el centro ruso, con el Segundo y Tercer Ejércitos, mientras el Primer Ejército de Kuroki se movía por el este, amenazando flanquear el ala izquierda rusa.

Kuropatkin, sorprendido por el ataque, que no esperaba hasta abril o mayo, movió sus reservas hacia el flanco izquierdo para rechazar el ataque envolvente de Kuroki. Y entonces se produjo el golpe maestro: el Cuarto Ejército del general Nogi, que había avanzado a marchas forzadas hacia el norte, por el oeste del campo de operaciones, consiguiendo no ser descubierto, apareció de pronto sobre la retaguardia rusa, muy al norte de su ala derecha, amenazando de doble envolvimiento a las tropas de Kuropatkin.

El Mariscal Oyama trató, en efecto, de repetir la maniobra clásica de Aníbal en Cannas. Y para escapar al desastre definitivo, Kuropatkin tuvo que retirarse precipitadamente hacia el norte, abandonando Mukden y las enormes cantidades de material de guerra y boca con tanto esfuerzo acumuladas para la campaña de primavera.

Las pérdidas de los rusos en la batalla ascendieron a 100,000 hombres, 70 piezas de artillería gruesa y centenares de cañones ligeros. Kuropatkin fué relevado y el mando supremo pasó al general Linevitch, el único que pudo retirar sus fuerzas de Mukden

en buen orden. Linevitch trató de reunir y reorganizar las derrotadas tropas al sur de Kirin. Pero era inútil. La campaña de la Manchuria había terminado.

El episodio final de la guerra se desarrolló, como el primero, en el mar y lleva un nombre de todos conocido: Tsushima. Es el nombre de la pequeña isla que cierra por el sur la entrada del Mar del Japón y que forma algo así como un puente entre la Corea y las Islas Japonesas.

Sellada ya la suerte de la Escuadra de Puerto Arturo, el Zar Nicolás II y sus consejeros del Almirantazgo decidieron reunir sus flotas del Báltico y del Mar Negro y enviarlas al Pacífico, a las órdenes del Almirante Rodjestvenski, con la misión fantástica de batir a las fuerzas victoriosas de Togo, después de dar la vuelta al Africa y remontar la costa oriental del Asia, en un interminable viaje de más de 18,000 millas.

Este nuevo Escuadrón del Pacífico —como le bautizaron los periódicos de la época— era muy superior en el papel a la escuadra nipona. Pero en realidad estaba formado, en su mayor parte de barcos viejos, que nunca habían navegado juntos en escuadra y cuyos tripulantes carecían de la preparación necesaria para batirse con un enemigo formidable.

Por si eso no fuera suficiente, los barcos japoneses contaban con los nuevos proyectiles navales de alto explosivo, recién perfeccionados por los ingleses, sus aliados. Los oficiales artilleros japoneses estaban admirablemente entrenados en el uso de los métodos modernos de puntería. Y el Almirante Togo tenía, además, una escuadra bien equilibrada, provista de cruceros y torpederos en la proporción necesaria para hacerla más eficaz en la exploración y más destructiva en el ataque.

Después de realizar la hazaña de navegar desde el Báltico hasta el Mar del Japón con aquella colección heterogénea de barcos, sin perder ni uno solo de ellos, el Almirante Rodjestvenski, escaso de carbón y seguro del desastre, escogió la ruta más directa y más audaz para dirigirse a Vladivostok, única base que le quedaba en el Pacífico después de la caída de Puerto Arturo.

Y en la mañana del 27 de mayo, cuando pasaba al este de Tsushima, para penetrar en el Mar del Japón, fué descubierto y atacado por los barcos japoneses del Almirante Togo.

Los rusos se batieron con valentía. Los actos heroicos fueron frecuentes. Algunos buques se hundieron disparando hasta que el agua entró en la boca de los cañones. Pero a la mañana siguiente, después de una noche en que los torpederos realizaron con brillantez su tarea de muerte, casi todos los barcos rusos se habían hundido o habían arriado la bandera de San Andrés.

El Almirante ruso fué hecho prisionero, herido, abordo de un torpedero al que le trasbordó su estado mayor cuando se hundió su buque insignia, el "Suvaroff".

Rusia había perdido definitivamente la guerra.

Bajo el peso de los desastres de tierra y mar, el Zar Nicolás II pidió la mediación de los Estados Unidos. Y la conferencia de Paz, reunida en Portsmouth, dió al Japón la mitad sur de Sakhalin, la península de Liaotung con Puerto Arturo, el ferrocarril de la Manchuria y el dominio indisputado de la Corea.

Las ambiciones zaristas en el Lejano Oriente se habían agotado. Inglaterra triunfaba de nuevo. El Japón fué, a partir de entonces, una gran potencia.

La derrota rusa tuvo hondas repercusiones políticas en ese país. Y es posible decir que las jornadas revolucionarias de 1905, provocadas por el descontento del pueblo ruso y terminadas con sangre por los cosacos, fueron la escuela en que aprendieron los futuros liders de 1918 la técnica que les dió la victoria.

DISCUSION:

DR. MAÑACH: Para un comentario, el Dr. Ramiro Guerra.

DR. GUERRA: Simplemente que pienso que quizás de las personas que se encuentran en esta sala, soy yo el único que tenía edad bastante en 1904 y 1905 para tener la impresión de aquellos acontecimientos que se estaban produciendo.

DR. MAÑACH: Doctor, usted es muy optimista, por lo que se refiere a algunos de nosotros. El señor aquel se ha alborotado y está haciendo manifestaciones de protesta, él también. . .

DR. GUERRA: Habrá algunas excepciones aquí, ya veo algunas; pero muy pocas. Diré, pues, que en Cuba la opinión, en general, era favorable a los japoneses, altamente favorable; y debo agregar también, a título de simple curiosidad que eso no ocurría conmigo; mi opinión era favorable a los rusos, no por el tipo de gobierno que existía en Rusia entonces, sino porque la lectura de alguno de los libros de los grandes autores rusos que entonces estaban saliendo de las prensas y circulando aquí en Cuba: de Kropotkin con "La Conquista del Pan", de Tolstoi con "Ana Karenina", con "La Guerra y la Paz", de Máximo Gorki, yo los había leído, me habían impresionado a favor del pueblo ruso, y en aquella contienda no podía imaginar que mereciera más simpatía el pueblo japonés, que estaba en una guerra de conquista, que el pueblo ruso; no el Zar ni su pandilla, sino el pueblo ruso que era capaz de producir hombres de aquella calidad.

DR. MAÑACH: ¿A qué atribuye usted doctor, que las simpatías del pueblo cubano estuviesen con el Japón?

DR. GUERRA: Bueno, se había hecho mucha propaganda en libros de aquella época, sobre la rapidez extraordinaria con que el Japón había asimilado la civilización occidental; se habían escrito libros como el de Pierre Loti sobre el Japón, que todo era flores, que todos eran paisajes maravillosos, costumbres muy sanas y muy elevadas... la gente veía al Japón como un país de encanto, de poesía, de arte...

DR. MAÑACH: Bien, las preguntas son ahora al Sr. Wangüemert. Vamos a ver qué preguntas hay del público.

DR. BEGUEZ CESAR: Quisiera que usted ampliara sus ideas sobre los efectos de la guerra en cuanto al orden interior ruso, y en cuanto a la política exterior del Japón.

SR. WANGUEMERT: Con respecto al orden interior puedo informarle que la forma en que fué combatida la sublevación popular en Rusia, tanto en la capital, San Petersburgo, como en Odesa y en otros puntos, les permitió a los dirigentes de aquel movimiento de protesta que integraban los Partidos de extrema izquierda, estudiar los métodos de acción de las fuerzas militares del gobierno del Zar, improvisar métodos de ataques contra ella, y perfeccionarlos después a través del estudio o de una consideración más detenida. Por lo que respecta a la política exterior, la consecuencia principal de la Guerra Ruso-Japonesa, fué como en el caso de la Guerra de la Crimea, el abandono por parte de los rusos de su política expansionista. Eso dió lugar a que se estrechara la alianza entre Rusia y Francia, y a que se hiciera posible, al desaparecer las diferencias de intereses entre Inglaterra y Rusia, la Triple Alianza que sirvió en la Primera Guerra Mundial para derrotar al imperialismo del Kaiser.

DR. DE LA MATA: Sr. Wangüemert, cuando las potencias occidentales tienen una relación directa con el Japón, propiciando el desarrollo,

no de una civilización, sino de una técnica, cometen un grave error a mi entender, puesto que van a poner en manos del Japón toda esta maquinaria bélica que ha utilizado, primero: en la Guerra Ruso-Japonesa y más tarde en otras condiciones, de una manera que puede haber sido bastante perjudicial para la humanidad. ¿Piensa el Sr. Wangüemert que en los momentos actuales realmente se ha rectificado este tipo de intervención occidental en el Japón, propiciando un cambio, no en la técnica, sino efectivamente en la civilización japonesa?

SR. WANGUEMERT: Yo creo que los Estados Unidos, que son los que han tenido a su cargo la administración del Japón durante estos años de ocupación entre la terminación de la guerra y la firma del Tratado de Paz de San Francisco de California, han hecho todo lo posible por incorporar al Japón a las ideas, a la filosofía política, a los puntos de vista del occidente. No sé, ni creo que haya nadie que lo sepa, si han obtenido un éxito cabal en este esfuerzo, pero por lo menos el esfuerzo se ha realizado.

DR. DE LA MATA: ¿Cree el Sr. Wangüemert que el fracaso que se tuvo en el primer intento se debió a alguna causa particular, o a la firmeza de convicciones de la civilización japonesa?

SR. WANGUEMERT: Me parece que el fracaso no se debe tanto a lo arraigado de la civilización japonesa en el pueblo nipón, a su filosofía peculiar, a sus ideas religiosas, como a que en el mundo, tanto en el Japón como fuera de él, han primado siempre los intereses más que las ideas y las filosofías. Naturalmente, en esa pugna de intereses los japoneses tenían que evolucionar en el sentido que lo hicieron, y las naciones occidentales que reaccionar frente a la acción japonesa en la forma que lo han hecho.

DR. DE LA MATA: Estoy plenamente de acuerdo.

DR. MAÑACH: Sr. Wangüemert, casi siempre en todas las guerras esos intereses se disimulan o se ocultan tras ciertas consignas, ciertos **slogans**, como decimos ahora, de tipo popular para mejor solicitar la asistencia o la simpatía del público hacia la guerra. ¿Cuáles fueron las consignas que pudo darle Rusia a su pueblo, y el Japón al suyo, para interesarlos en aquella guerra?

SR. WANGUEMERT: En la Guerra ruso-japonesa los japoneses tenían un caso claro: la expansión del Zar hacia el Sur de la Manchuria y hacia la península de Corea ponía en peligro la posición japonesa en Corea. Prácticamente les daba una posición amenazadora, no sólo frente a la colonia japonesa que era entonces la Corea, sino también frente a las islas del Japón. De manera que ellos tenían un caso claro de defensa propia para interesar al pueblo japonés en esa guerra. Por lo que respecta a Rusia, el caso era completamente diferente. Rusia, en realidad, no

tenía ningún motivo ideológico, ninguna razón histórica ni ningún fundamento filosófico para lanzarse a la guerra de la Manchuria. Pero la realidad es que no tuvieron necesidad de hacerlo, porque ellos fueron los atacados.

SR. RICARDO BLANCO: Doctor, usted ha mencionado como causa de que Rusia perdiera aquella guerra, hechos exteriores, políticos y militares; yo quisiera saber si no se debió en mayor grado a que ya comenzaba en el interior de Rusia a producirse una disgregación, un gran descontento en el régimen, en las masas obreras.

SR. WANGUEMERT: Ambas causas se conjugaron en este caso. El Imperio Ruso estaba en un avanzado estado de descomposición, y por si eso fuera poco, los japoneses, que siempre han sido cautelosos y prudentes, se aseguraron además la superioridad en todos los demás órdenes.

SR. FRANCHI ALFARO: Doctor, ahora se está tratando otra vez de occidentalizar al Japón. ¿No opina Ud. que esa occidentalización perjudica al pueblo japonés, que tiene una gran tradición en cuanto a sus ideas.

SR. WANGUEMERT: Me parece que el proceso de occidentalización del Japón, es un proceso que se llevará a cabo, como todos los procesos de ese tipo en la Historia, por un inter-juego entre las fuerzas fundamentales de la civilización occidental. En estos casos, generalmente ni se dá todo ni se toma todo. Ambas civilizaciones realizan entre sí una acción mutua, y de esa acción aparecen los cambios futuros, que en unos casos son favorables y en otros desfavorables. En este caso yo no me atrevería a emitir un juicio sobre el resultado de ese experimento histórico que se está realizando ahora.

DR. MAÑACH: Una última pregunta.

SR. SUSINI DE ARMAS: Amigo Wangüemert, admirable su conferencia, pero yo quiero hacerle una pregunta: Creo que existe, si mal no recuerdo, una obra del Dr. Raúl de Cárdenas refiriéndose a la influencia más o menos favorable o perjudicial que tuvo la Guerra Ruso-Japonesa en el mantenimiento de la independencia de Cuba. Si usted sabe algo de eso, yo quisiera enterarme para aprender, no para hacerle observaciones a usted.

SR. WANGUEMERT: Quiero dar las gracias al Sr. Susini de Armas ante todo por las expresiones favorables que ha tenido para mis palabras, pero al mismo tiempo y para que él vea cuán injusto ha sido al juzgar mi charla, voy a confesarle que entre mis lecturas habituales no está la del Dr. Raúl de Cárdenas; por eso, desgraciadamente, me es imposible contestar a su pregunta con la opinión reflexiva y bien fundada que tienen derecho a recibir todas las preguntas de Susini de Armas.

SR. SUSINI DE ARMAS: Doctor, el primero que me habló de eso fué, hace años, el Dr. Rafael Montoro, y yo después se lo pregunté al

Dr. Raúl de Cárdenas y me dijo que sí; pero no recuerdo bien en qué se basaba el Dr. Raúl de Cárdenas para opinar de esa manera.

SR. WANGUEMERT: Yo tampoco tengo la menor idea.

SR. REYNOSO: Fué magnífico el reportaje de la Guerra Ruso-Japonesa, pero la intervención de Inglaterra queda un poco sospechosa. ¿Qué beneficios económicos obtuvo Inglaterra de la Guerra Ruso-Japonesa?

SR. WANGUEMERT: El beneficio que buscaba: paralizar el movimiento de expansión del Imperio Ruso hacia el Sur, es decir, hacia la China propia, donde amenazaba a los intereses imperiales de Inglaterra. Inglaterra no sólo tenía entonces un comercio importantísimo con China, sino que, además, tenía posiciones muy próximas a los lugares adonde habían llegado ya los rusos en su movimiento en busca de los puertos de aguas tibias del Sur. Por ejemplo, tenía posiciones en Huey Jai Huey, que estaba apenas a un centenar de millas hacia el Sur de Puerto Arturo. Naturalmente, los ingleses tenían interés fundamental en contener la expansión rusa, porque la expansión de las naciones imperialistas, cuando se lanza en un movimiento y no encuentra diques sólidos, no se sabe adónde puede llegar.

Ramiro Guerra

Ascenso de los Estados Unidos

EL impulso que llevó a los colonizadores norteamericanos hacia el interior y el Oeste, desde la costa atlántica, prosiguióse con mayor empuje y rapidez una vez que conquistaron, la independencia a fines del siglo XVIII. Desde los pasos de los Alleghanys, descendieron al caudaloso Mississippi. Avanzaron por las herbosas llanuras al Far West; salvaron la gigantesca barrera de las Rocallosas y arribaron a las costas del Pacífico. La móvil frontera, que incorporaba tierras y más tierras a la Unión, marcó un siglo de duración en la historia de la joven república. Fué una válvula de seguridad del malestar económico, un laboratorio social, un factor de democratización, un acicate de la iniciativa individual y colectiva, y creó en el fronterizo una singular situación económica y un peculiar estado de espíritu, en hombres y mujeres.

Cumplido el primer siglo de la gesta de la Unión, en la fecha convencional de 1890, cerrada la frontera, otras grandes fuerzas creadoras abrían ya un nuevo período en la vida norteamericana, iniciándose el **ascenso** de los Estados Unidos, en la fase que me ha sido señalada por el Dr. Mañach, como asunto de mi disertación de esta tarde.

Aparte del hecho básico, a juicio de distinguidos historiadores, del cierre de la frontera, concurrieron a determinar el nuevo período de ascenso, en primer término, una serie de grandes inventos del genio creador norteamericano, que imprimieron un pujante desarrollo a la industria y subsecuentemente a la agricultura. Aumentados los dos tipos de producción, no tardó en lograrse una

balanza mercantil favorable con el extranjero, con un volumen de comercio que saltó de $404 millones en 1865, a $1,635 millones en 1890. A estos primeros factores de orden económico, creadores de una preocupación creciente de mercados en el exterior, sumóse, como hecho determinante de cambios fundamentales en el orden internacional, el poderoso movimiento de conquistas coloniales a que se lanzaron los poderes imperialistas europeos en la década de los 80, con efectos que se hacían sentir agudamente en la de los 90.

La rivalidad colonial de dichos poderes europeos en Africa, el Cercano Oriente, el Oriente Medio, la India, la Indochina y los demás países del sudeste de Asia, y en la China indefensa, condujeron a un enorme desarrollo de la Marina de dichos poderes, mercante y de guerra, y a la organización de ejércitos formidables, armados y equipados tanto para imponer respeto por cada país a sus rivales europeos, como para realizar conquistas y subyugar pueblos en cualesquiera partes del mundo. La rivalidad mencionada condujo en Europa a la división de los poderes en dos grupos. Una Dúplice Alianza, entre la Rusia imperial y la republicana Francia; y una Tríplice, integrada por Alemania, Austria-Hungría e Italia. Recelaban entre sí ambos grupos de poderes, pero rivalizaban en primer término con Gran Bretaña, que se había adelantado a extender sus dominios coloniales en el mundo entero, salvo en la América, contenida por los Estados Unidos, abroquelados en la doctrina de Monroe. "El espléndido aislamiento" de que se enorgullecían los británicos de la época victoriana, convertíase en la nueva situación mundial en una peligrosa debilidad, amenazados por Francia en Africa y en el sudeste de Asia; en el Afganistán y la India, por Rusia; en el extenso litoral de China, por el Japón y todos los poderes europeos; y en el dominio de los océanos, privilegio secular de los ingleses, por una marina alemana en formidable crecimiento.

Estados Unidos, adscripto a su política de aislamiento recomendada por su primer presidente Washington, limitábanse a mantenerse alerta, dispuesto a imponer el respeto —el caso de Venezuela durante la presidencia de Cleveland oponiéndose a Alemania, Gran Bretaña e Italia unidas fué un ejemplo— a la doctrina

Monroe. El continente americano de un extremo al otro, era terreno vedado para el nuevo imperialismo colonial. Por lo demás, las rivalidades europeas interesaban muy poco a los Estados Unidos. Nada de mezclarse en tales querellas y conflictos de los imperialistas extranjeros.

Pronto, sin embargo, la lucha de los cubanos por su independencia, que hicieron fracasar Grant y Fish en la década 1868-1878, estalló de nuevo, como era inevitable. Primero Cleveland y después McKinley, enfrentáronse con un grave peligro inmediato de complicaciones exteriores casi a la vista de sus costas, y en Asia también, con la ocupación de los principales puertos de China por los europeos y la derrota aplastante que le fué inflingida, desmembrada de Corea, por el imperio japonés en 1895. Ambos hechos amenazaron de completo cierre **la puerta abierta** al comercio de China, principio mantenido firmemente por los norteamericanos, en favor de su ya importante y creciente intercambio mercantil con los chinos. Filipinas, a la par que Cuba, apeló a las armas para poner término a la dominación española, creándose una nueva y grave complicación en el Lejano Oriente. Los Estados Unidos que ya ambicionaban la ocupación de Hawai, viéronse enfrentados con el nuevo problema filipino en el Pacífico, aparte del meramente comercial antes mencionado.

Poco antes de que estas nubes se levantaran y oscurecieran el horizonte, un joven capitán de la marina de guerra de los Estados Unidos, Alfred Mahan, publicó en 1890, un libro llamado a hacer época, "El Poder Naval en la Historia". Con la amplia mirada del historiador y la apreciación de conjunto de la estrategia marítima, por un hombre versado a fondo en el asunto, Mahan trazó en su obra el cuadro del panorama universal del momento, en lo que a las fuerzas "organizadas" correspondía, valuando y comparando principalmente las marinas de guerra prontas para la acción. Poseedor de una mente generalizadora y filosófica, Mahan meditaba sobre el presente y el porvenir de las razas, presa, a la vez, de inquietud y de exaltación. El **peligro amarillo** del que se hablaba mucho entonces, no le parecía un fantasma ilusorio. La civilización del Este y del Oeste iban a hallarse frente a frente en época no lejana, a virtud del rápido despertar de los pueblos asiá-

ticos. Al frente de los mismos hallábanse China, India y Japón, con una abrumadora superioridad numérica sobre los pueblos cristianos. Estos debían prepararse a desaparecer en el correr del tiempo, o disponerse a cumplir la gran misión de acoger las naciones asiáticas en la gran familia de los pueblos de Occidente, elevándolas a la comprensión y asimilación de los ideales de la cultura occidental. No había otra alternativa. Imposible era prever los resultados finales de la lucha, pacífica o violenta, entre las razas y las culturas, pero el occidental que estuviera convencido de la superioridad de su civilización y del mayor beneficio de ésta para la humanidad, estaba obligado a sugerir las condiciones llamadas a facilitar el triunfo de su causa. Estados Unidos, expandiéndose por contiguidad territorial sobre líneas fronterizas de menor resistencia no habían necesitado grandes ejércitos para sus conquistas. La pequeñez de sus fuerzas militares, era un motivo de orgullo para la nación. Pero el mundo había cambiado. Los Estados Unidos necesitaban ahora, con urgencia, el desarrollo de un gran poder naval, la carta de triunfo según la historia. La ventaja material del Mundo Occidental —poder material y prosperidad económica, serían apreciadas muy pronto por el adversario asiático, que se las apropiaría con avidez. Los conceptos espirituales, las ideas y los sentimientos en el alma occidental, serían echados a un lado por los orientales. El choque sobrevendría inevitable. Del lado terrestre, no había gran peligro. Los ejércitos europeos guardarían la civilización occidental. La amenaza mayor estaba del lado del mar. En ese campo, no había nación sobre la cual pesaran tan grandes responsabilidades como sobre los Estados Unidos. Así como Europa descansaba en sus grandes ejércitos, el pueblo de Estados Unidos tendría que reconocer el deber de crear un gran poder naval, única garantía de la seguridad de la América, así del lado del Atlántico como del Pacífico. Para ello, tendrían que abrir un canal interoceánico en los istmos de la América Central, y para guardarlo y defenderlo sería forzoso contar con bases navales en posiciones estratégicas en el Caribe y en el Pacífico. Siete años más tarde, cuando la obra, "El Poder Naval en la Historia", había contribuído a darle un formidable impulso al navalismo, Mahan prosiguió su labor con un estudio sobre "el

valor estratégico del Mar Caribe y el Golfo de México" para reafirmar poco después el conjunto de sus ideas en otro importantísimo trabajo, "El interés de los Estados Unidos en el poder marítimo".

En efervescencia la opinión norteamericana por la terrible guerra en Cuba y en las Filipinas, y por la tirantez y la inestabilidad de la situación internacional, las prédicas de Mahan cayeron en terreno abonado, secundadas por el profesor John Burgess, que popularizó la filosofía nacionalista alemana, por el sociólogo Frank H. Giddings, que no veía incompatibilidad entre la democracia y el imperio, y por los políticos de todos los partidos y los periodistas quienes prestaban el más entusiasta apoyo a las nuevas ideas imperiales. Entre los primeros, distinguíanse en las filas del Partido Republicano, junto con Teodoro Roosevelt, Albert J. Beveridge y el Senador Henry Cabot Lodge; entre los Demócratas Morgan, de Alabama, y Money de Mississippi; James Bryan, que mantenía no obstante su pacifismo, una política de expansión necesariamente imperialista; y, finalmente, entre los populistas, Allen, de Nebraska, Teller de Colorado y otros muchos de distintos partidos.

Los Estados Unidos hallábanse, realmente, en un momento crítico de su historia, en una hora de exaltación y plenitud, en la que las tendencias a la expansión volvían a reanudar su actividad con poderosa fuerza, esta vez fuera de su frontera terrestre. El pánico de 1893 había pasado. La riqueza renacía con gran impulso junto con el antiguo y vigoroso instinto de poder. Los periódicos y las revistas publicaban y comentaban las estadísticas del comercio exterior que mostraban un desarrollo enorme y un balance muy favorable a los Estados Unidos. Daban en igual forma, con el mismo orgullo patriótico a la publicidad, los datos relativos a la gigantesca producción agrícola e industrial, muy superiores en cantidad, calidad y baratura, a la de los países competidores. Día a día aparecían en la Prensa y los libros, las cifras comparativas del crecimiento de la población, más rápido que todo lo conocido hasta entonces. En una palabra, periódicos, revistas y libros, ponían de manifiesto, ya adelantada la década de los 90, la insuperable grandeza de la Unión. Un nuevo destino

manifiesto comenzaba su marcha, después de años de adormecimiento. Sus formas concretas variaron, consignan Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, pero su ideología fundamental era la misma que había animado a las generaciones anteriores. La frase había servido en otros tiempos para justificar las conquistas de Texas, Nuevo México y California. Ahora, debía servir para explicar y justificar una **política de amplios horizontes,** en el Caribe o en el Extremo o Lejano Oriente. Los imperialistas norteamericanos sentíanse en plena posesión de la fuerza moral de que el sajón dice necesitar sentirse revestido para llevar adelante sus grandes empresas, de cualquiera naturaleza que sean. El venerable Charles W. Elliot, Presidente de la Universidad de Harvard, expresó en una gran solemnidad académica, que los Estados Unidos habían aportado cinco grandes contribuciones de inestimable valor a la civilización: Conservación de la paz; tolerancia religiosa; desarrollo del sufragio popular; acogida de los inmigrantes; difusión del bienestar. En el fondo de esas cinco contribuciones palpitaban, decía Elliot, un fuerte sentimiento ético, una moral robusta y un noble propósito social. Con obras de esa naturaleza formábanse las grandes democracias. ¿Qué más podía pedirse?

Vacilaban todavía los norteamericanos en lanzarse a la realización del nuevo destino manifiesto. Pero cuando Lord Salisbury, primer ministro de la Gran Bretaña, amenazado por la Dúplice y la Tríplice quiso atraer los Estados Unidos al campo político internacional, para lo cual se apresuró a arreglar la cuestión venezolana, y a asegurarles, más que manos libres, respaldo, si fuese necesario, en las miras americanas en el Caribe y en el Extremo Oriente, el Gobierno de Washington se acogió a las ideas de Mahan, el filósofo de la tradición, hacia afuera, en ambos océanos. Coreada en gran variedad de formas por políticos, intelectuales y hombres de negocios la nueva filosofía, la combinación de estos últimos se hizo irresistible. Estados Unidos lanzóse a la guerra contra España, el obstáculo en el Caribe y las Filipinas, y al cabo de una década de agitación y de luchas, eliminada ya España, se encontraron colocados en un rango de potencia mundial, poseedores de Puerto Rico y otros territorios en el Caribe, de Hawaii,

Midway, Wake, Wam, Tutuila y las Filipinas en el Pacífico, y haciendo sentir su hegemonía, con mayor o menor fuerza, en Cuba, Panamá y Nicaragua, dueños de intereses y con influencia en el Extremo Oriente. **El ascenso,** asunto de esta plática, estaba francamente en marcha.

La historia de ese ascenso inicial a partir de los primeros años, en los cuales Cuba vió su independencia ser una realidad y la República quedó establecida, es tan reciente que se halla más o menos completa en la mente de todos. No dispongo de tiempo, ni aún para bosquejarla en sus grandes líneas. Recordaré sólo algunas pocas etapas salientes. Después de Teodoro Roosevelt y de Taft, con la política del primero de intervenciones en el Caribe y la América Central, tomado por él Panamá, según confesó, y de la de Taft, con su diplomacia del dólar, advino, con Woodrow Wilson, lo que algún historiador ha llamado **la nueva libertad.** Pronto la nación se vió en la pendiente de la guerra Mundial I, y la participación en la misma, al producirse el hundimiento del Lusitania, requirió la movilización industrial y de las finanzas, la de la opinión pública, y el llamamiento al servicio militar de millones de jóvenes americanos, entrenados precipitadamente y enviados a Europa con Pershing. Rendidos los Poderes Centrales, el idealismo generoso del catedrático Wilson patrocinó la Liga de las Naciones y el Tribunal Internacional de la Paz, fracasada al cabo la primera por la violenta reacción de los republicanos hacia el "aislacionismo proteccionista, con Harding, Coolidge y Hoover. En Cuba sentimos esa reacción, por los aumentos de las tarifas azucareras en 1921 y 1930. La gran crisis mundial de 1930 desacreditó a los republicanos, y llevó a la presidencia a los demócratas, con Franklin D. Roosevelt. En esta tercera fase del ascenso, eminentemente constructiva, produjose el **New Deal** en lo interno, la política del **Buen Vecino** con las repúblicas suramericanas, y la decisión firme del presidente de asumir las responsabilidades correspondientes a los Estados Unidos con respecto de los grandes problemas mundiales. En este último sentido, Franklin D. Roosevelt enfrentóse con el aislacionismo ultraproteccionista, y avanzó en el camino que llevó a los Estados Unidos a asumir sus obligaciones mundiales a plenitud en la segunda gran guerra del

siglo, no sin proclamar desde el primer momento con Churchill, el fundamental respeto a los derechos esenciales del hombre, y el propósito de luchar por los mismos. Derrotado el Eje, el ideal americano de paz llevó a Roosevelt a patrocinar la Organización Mundial de las Naciones Unidas, que tomó forma en San Francisco, con la Carta realmente admirable de la misma.

El rumbo en que han marchado las cosas posteriormente es bien conocido. En la cumbre de su ascenso por el momento, el pueblo de los Estados Unidos enfréntase con la más colosal tarea que haya pesado jamás sobre pueblo alguno en el curso de la historia. Efectúalo con una decisión y un coraje insuperables, en las trágicas circunstancias en que se encuentra el mundo. Proclaman ahora, como al lanzarse a la guerra, reiteradamente su ideal de paz, y con éste, el de cooperación con todos los pueblos amantes de la paz y de la libertad, para promover la seguridad y el bienestar de todos. A nada menos, en verdad, están obligados los Estados Unidos por sus inmensas responsabilidades, inclusive la garantía de su propia existencia. Hago votos, sin mala voluntad para ningún otro pueblo, porque conquisten la victoria, en cuanto a asegurar los nobles propósitos que intentaron realizar en las más felices etapas del ascenso americano, Wilson, con **la nueva libertad,** y Franklin D. Roosevelt con el **New Deal,** la política del **Buen Vecino** y su defensa de los derechos humanos. Será una victoria no sólo de los Estados Unidos, sino de la Humanidad, necesitada de bienestar, libertad y paz.

DISCUSION:

DR. MAÑACH: Preguntas del público, lo más breves y claras posibles porque tenemos muy poco tiempo a nuestra disposición, escasamente 6 minutos.

DR. RAMOS: Es una pena que tengamos que ser muy breves, pero vamos a ver. El Dr. Guerra ha dividido el ascenso en los Estados Unidos en dos grados: uno, ascenso industrial, agrícola y comercial en el Oeste; y el otro, ascenso político. Cuba ha influído indudablemente, y él lo señala, en el ascenso político, con Martí; y ha influído, en lo que no fueron progresos industriales ni políticos, con Finlay. Si se fuera a trazar una línea de los que fueron al Oeste, coincidiría absolutamente con la línea del mosquito. Se cree inclusive que el triunfo que ha tenido la actual

guerra, ha sido mayor en contra de los gérmenes anti-bióticos y de los mosquitos y otros insectos por el DDT. Eso lo hicieron posible Pasteur y Finlay.

DR. MAÑACH: Bien, no creo que sea una pregunta, sino más bien una declaración de principios del Dr. Ramos...

DR. GUERRA: Aparte de que esa influencia se haya producido o no, (la de los mosquitos), muchos agentes de ese tipo han influído de una manera fundamental en ciertos grandes cambios en la historia. Así es que es posible que eso se haya producido también.

DR. RAMOS: Bueno no, yo no me conformo con que sea posible. El ascenso actual de todo el Trópico americano se debe, antes que nada, a la limpieza de la fiebre amarilla por Finlay, y a la indicación de que ciertas enfermedades se trasmiten por insectos, y después ha servido también para otros insectos que trasmiten otras enfermedades. Eso no es una posibilidad, es una absoluta realidad.

DR. MAÑACH: Eso es probablemente cierto, Dr. Ramos. Pero creo que tiene muy poco que ver con el ascenso de los Estados Unidos, ¿no le parece?...

SR. BRETAO: Dr. Ramiro Guerra, los que hace 8 ó 10 años vieron la película "El Conquistador", a través del desenfado de la interpretación histórica de Hollywood, pudieron pensar que México fué un cúmulo de bandidos que atacaron a los Estados Unidos. ¿Podía decirnos algo el Dr. Ramiro Guerra sobre el inicio del poema de Texas en el Aserradero de madera, que es una Mina de Oro y que fué un tal Johnston el que inició los problemas allí, y cuál fué la actitud de los Estados Unidos en verdad, y no la que se ve a través de esa película "El Conquistador"? ¿No sería conveniente que la gran radioaudiencia de esta Universidad del Aire conociera por boca de Ramiro Guerra toda la verdad al respecto?

DR. GUERRA: Yo he escrito detalladamente sobre ese asunto en uno de mis libros, y he expresado de una manera, lo más clara que me ha sido posible, que eso fué un acto de violencia contra los mejicanos. A tal punto, que el que fué Presidente Grant, que por aquella época era Capitán en la frontera de Texas, en su Autobiografía dice que ellos mandaban todos los días a provocar a los mejicanos, para que los mejicanos cruzaran la frontera atacándolos y que entonces se produjera un caso en que el Presidente americano pudiera decir que se había derramado por los mejicanos sangre americana en territorio americano, para tener un pretexto para la guerra. De modo que eso fué un acto sencillamente de despojo.

SR. ROBERTO SIMEON: Dr. Guerra, usted habló de la política del Buen Vecino. Y las agencias de cables, recientemente, han traído un debate, llevado a la Cámara, en que se planteaba por qué era que la América

latina no se acercaba espiritualmente a los Estados Unidos y un Senador norteamericano que dijo que se debía a que la Cancillería americana enviaba Embajadores que eran hombres de negocios, para respaldar por la fuerza de la Cancillería yanqui, los negocios con que se explotaba a la América latina. ¿Qué opina el Dr. Ramiro Guerra de eso?

DR. GUERRA: Mi experiencia y conocimiento personal, y también mi conocimiento histórico, es que hay un fondo de verdad en eso que acaba de manifestar. En el servicio diplomático de los Estados Unidos hay hombres de carrera, y hay diplomáticos que son políticos, hombres de negocios, etc., que ayudan a los Presidentes en sus elecciones y que, en el momento de cubrir puestos reciben el premio, que consiste en una representación en un país en donde ellos puedan estar interesados, y esos hombres son diplomáticos interesados en negocios. Hay que esperar que Estados Unidos cada día vayan eliminando más estas prácticas y puedan llegar a hacer, como les conviene hacer, entiendo yo, una real y verdadera política del Buen Vecino.

INDICE



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.